UN LOCO Y GORDO AMOR

RAPHAËLE FRIER

ZIG-ZAG

UN LOCO Y GORDO AMOR

RAPHAËLE FRIER

Traducción: Loreto Mendeville

ZIG-ZAG

Grosse Folie
escrito por Raphaële Frier,
© Talents Hauts (FRANCE), 2017

I.S.B.N.: 978-956-12-3287-7
I.S.B.N. digital: 978-956-12-3548-9

Editora General: Camila Domínguez Ureta.
Editora Asistente: Camila Bralic Muñoz.
Director de Arte: Juan Manuel Neira Lorca.
Diseñadora: Mirela Tomicic Petric.

Portada: por Juan Manuel Neira en base a imágenes de www.shuterstock.com

©2018 de la presente traducción por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Derechos exclusivos de edición reservados por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Editado por Empresa Editora Zig-Zag, S.A.
Los Conquistadores 1700. Piso 10.
Teléfono: (56 2) 2810 7400
E-mail: contacto@zigzag.cl / www.zigzag.cl
Santiago de Chile

Diagramación digital: ebooks Patagonia
www.ebookspatagonia.com
info@ebookspatagonia.com

El presente libro no puede ser reproducido ni en todo ni en parte, ni archivado ni transmitido por ningún medio mecánico, ni electrónico, de grabación, CD-Rom, fotocopia, microfilmación u otra forma de reproducción, sin la autorización escrita de su editor.

Ella

-Todo el mundo tiene problemas.

Es lo que me repite mi mamá cuando me quejo. Obvio, hay gente que no tiene casa, no tiene papás, tiene una enfermedad grave e incurable… Todo el mundo tiene problemas.

El mío, mi atado, es una bola de grasa. Casi veinte kilos de carne de más, neumáticos alrededor de mi guata, un culo que rebalsa las sillas, troncos en lugar de piernas, dedos que parecen salchichas, carita de luna…

–¡Para nada! –me contradice mi mamá–. No rebalsas las sillas, tus manos son muy lindas, tus ojos son preciosos. En serio, no ves cómo eres realmente.

–Una ballena con patas, un elefante sin trompa o, no sé, cualquier animal cuyo peso haría echarse para atrás al más hambriento de los depredadores.

–¡Debes tener un espejo deforme delante!

–¡Y tú un pellejo de longaniza en lugar de párpados! No soy la única que encuentra que un cuerpo de esta envergadura no es humano, para tu información. Solo hay que ver cómo me miran en la calle…

–¡Qué exageración, no puedes evitar exagerar!

Probé con dietas. Incluso abusé de ellas. Hace años que juego al yoyó con mis kilos, pasando de la dieta a la orgía. Tres meses de ensaladas y galletas de arroz, después seis meses de berlines con crema, bebidas, papas fritas, chocolates, helados de tres bolas, completos, nuggets, hamburguesas… Jaque mate, todas las veces. Ya no creo en nutricionistas, doctores e inventores de nuevas recetas mágicas. Ya sé que nunca voy a ser flaca.

–Para –dice mi mamá–. Gorda no quiere decir fea. Yo te encuentro súper linda.

–Bacán. ¡Que alguien me dé unos lentes mágicos, porfa! ¡O déjenme ciega!

Daría todo por que me gustara mi cara rechoncha y todo lo demás, pero ¡en serio no me resulta! No me soporto. Peor todavía: me doy asco. Cuando veo pasar mi imagen en un espejo, una vitrina o cualquier superficie lisa, me llego a dar susto. Soy horrorosa, yo y mi cuerpo, y punto.

Ni mi mamá ni mi papá ven las cosas como yo. Su amor los engaña, no son objetivos. Quieren tanto que sea feliz, cueste lo que cueste, aunque sea obesa, aunque sea fea.

–¡No eres obesa! ¡No eres fea!

No sirve de nada que me lo repitan. No me voy a acostumbrar nunca a este cuerpo y sé que jamás voy a probar la felicidad. Entonces preferiría que mis viejos se quedaran piola.

¿Las consecuencias de mi deformidad?

–¡Pero hasta cuándo, no eres deforme!

–¡Déjame en paz!

Las consecuencias entonces… Mi clóset consiste en sacos de papas, pantalones elasticados y polerones XL. Mi andar, que definitivamente no puede ser calificado como ligero, mi vergüenza cuando paso entre las butacas del cine o cuando atravieso una multitud… Nunca tengo frío, siempre estoy abochornada, las axilas me mojan toda la ropa, mis perniles se frotan uno contra el otro, paso.

–Empieza por quererte a ti misma y vas a ver como los otros te quieren… –me repite mi papá.

¡Cuando las vacas vuelen! Es mucho más fácil querer los queques de chocolate, las lasañas con crema, las papas con kétchup, los jugos, las gomitas y los manís. Cuando pienso en estos diecisiete años, tan bien aprovechados, el lugar que ocupan, solo me dan ganas de una cosa: comer para olvidar y reforzar mi escudo de grasa.

Un verdadero círculo vicioso. Y sigo aguantando. Me psicoseo cuando me subo a una micro, por ejemplo. Si me siento, siempre me da miedo invadir el puesto de al lado y puedo oír lo que los otros piensan: "¡Cacha, menos mal no somos todos como ella o no cabríamos!". Si me quedo de pie, me da miedo taponear toda la pasada. Tampoco sé dónde meterme cuando me voy a depilar. Tengo la sensación de que doy el doble de trabajo y que lo mínimo sería pagar el doble. Pienso que mientras me sacan los pelos, están sacando la cuenta de la tarifa por metro cuadrado de piel. Me da tanta vergüenza cuando entro a una tienda de ropa, angustiada por la idea de que no tengan mi talla. Y el kinesiólogo, siempre tengo la impresión de que se arremanga cuando llega mi turno. La panadera, sé que se mata de risa por dentro cuando me pasa mi pastelito. La otra vez, me hallé en un ascensor para máximo dos personas. Bueno, no pude evitar pensar que mi compañero de ascensor iba rezando todo el camino. Es como si el mundo entero estuviera en mi contra, de hecho. La silla de jardín podría ceder en cualquier momento, el travesaño de la cama partirse en dos… En la calle, cuando los cabros chicos se ríen, imagino que se están burlando de mí. Y los que se dan vuelta cuando paso deben odiar mis nalgas. Incluso si caminara al lado de un extraterrestre, pensaría que es mi trasero lo que todos miran.

En cuanto a los hombres… estoy segura, para ellos, yo no soy una mujer. En todo caso, no soy un objeto de seducción. Jamás. Les doy asco. La prueba, ninguno me hace ojitos, como mucho soy la amiga buena onda y voluminosa. Claramente, sé que soy una mujer en pleno funcionamiento. A pesar de mis formas exageradas, mi cuerpo arde tanto de placer como el de mis amigas durante las escenas de amor en el cine o cuando pienso en algún mino. Pero concretamente, espero

siempre, con pocas expectativas, que un príncipe ciego me declare su amor, salvo que sea obeso, eso me obligaría a rechazar sus avances… Detesto mi reflejo en el espejo porque para mí todos los gordos son feos, con sus rollos feos, sus guatas feas, sus doble peras feas y todo lo demás feo… ¡Entonces mi príncipe azul no puede ser gordo! Además, de imaginar los regaloneos… ¡qué vergüenza!

–Pero Chloé, dices puras tonteras, vamos a tener que mandarte al psicólogo.

Sabía que iba a incomodar a mi mamá.

–¡Ves! No puedes ni imaginártelo, ¿ah? Te da asco…

–¡Para nada!

¡Pfff! Trata de pasar piola. Me enervo y prefiero detener aquí esta conversación imaginaria. Por supuesto, me persigue, se deshace en "¿por qué reaccionas siempre así?", "¡conversemos!", etcétera. Lo peor es que cree de verdad que soy capaz de encontrarme un pololo. No sé qué es lo que tiene delante de los ojos… Para ella, el problema está en mi mente.

–Por supuesto –le contesto muerta de risa–, ¡las calles están llenas de gordas acompañadas!

–¡Justamente! –sostiene ella.

Lo último que se pierde es la esperanza...

Él

¿Pero no tienes amigos o qué?

Es la frase favorita de mi papá.

–¿No puedes despegarte un poco de esa pantalla? ¿No te aburres de quedarte encerrado en tu pieza?

Yo me quedo callado. Hasta que se canse. No molesto a nadie, aquí, piola con mi música y mis videojuegos. No pido nada y no entiendo por qué no me pueden dejar en paz.

–¿No ves qué lindo está el día? ¡No te dan ganas de juntarte con gente, qué sé yo, ir al cine por lo menos!

No contesto, espero y vuelvo a mis ocupaciones en cuanto termina conmigo.

Mi mamá ya hizo su luto por el hijo ideal. El "popular", el mino que se impone, deportista proactivo que huele a gel de ducha cuando se va al colegio. El que va a la disco y se pela sin hacerse preguntas. El hijo al que podría decirle:

–¡Esta noche no sales, te quedas aquí estudiando!

A mí me pregunta:

–Te vas a quedar estudiando por lo menos, espero.

Como ella no cree en el desarrollo de mi sociabilidad, puso todos sus huevos en el canasto de mi rendimiento escolar. Controla mi trabajo. Cada vuelta a clases desde segundo, no se queda esperando a

que el colegio mande por mail el nombre de usuario y la clave para la hoja de vida online, lo pide directamente en inspectoría. Y después, todas las semanas, mira lo que hay en la agenda y exige revisar mis tareas.

No me gustan los gritos. Abro mis cuadernos y le recito las fórmulas para que me deje tranquilo.

Para mí, es mucho más fácil tener éxito en este ámbito que enfrentar los otros. Mis papás están todo el tiempo criticando mi pinta, mi pelo largo que se ve "desarreglado", el olor a tabaco que se desprende de mis polerones y mi cuerpo, demasiado flaco e inerte y que podría domesticar con las pesas que mi hermano dejó en su pieza. Alegan por todo eso y no veo sus pechos inflarse de orgullo sino cuando encuentran la ocasión de hablar de mis resultados escolares a sus cercanos.

Saqué el mejor puntaje de la media, ¡con eso tienen! Van a poder explayarse sobre la U a la que voy a entrar y el futuro prometedor que me garantiza.

Y, por supuesto, ya empezaron a darle jugo a nuestros vecinos de departamento. Acabamos de llegar a Las Cigarras, el condominio de vacaciones del que mis papás de seguro son accionistas, ya que venimos desde que tengo diez años. En la Costa Azul, a unos treinta kilómetros de Marsella.

–Es ahora o nunca el momento para disfrutar –me hincha mi papá–. Tienes el mar, el sol, las actividades, el bar y gente de tu edad para pasarlo chancho antes de poner tu vida entre paréntesis por dos años.

Mi vida... hace rato siento que está entre paréntesis. Una temporada en este condominio no va a relanzarla. No me gusta carbonizarme al sol, no me hacen ni una gracia los cursos de salsa ni las veladas bailables. En cuanto a la juventud de por aquí, no tengo ni un poco de ganas de acercármeles, obvio. Y no creo que ellos tengan muchas ganas de juntarse conmigo...

Ella

Siempre es lo mismo. Todo el mundo espera el verano con impaciencia. Yo le tengo terror. Primero, por el calor, que este año está brígido. Y luego porque cada agosto, mis papás me hacen el show de "las dos semanitas en la playa". Quince días enteros a la orilla del mar. Dos semanas de vacaciones forzadas, en el país de las tangas y los bikinis. Este año, arrendaron una cabaña en un condominio, como a treinta kilómetros de la casa. Claro, mi papá nos anotó en pensión completa, "¡porque no vamos a estar haciendo compras ni cocinando en estos quince días!". Y ¡zaz!, todos nuestros ahorros del año en las tres comidas diarias, o sea casi ciento cincuenta comidas en estas dos

semanas. Todas las noches, comemos en el restorán del condominio, rodeados de redes de pesca decoradas con crustáceos y estrellas de mar. Odio este lugar. Encuentro que los pescados disecados colgados en el muro son de pésimo gusto y comer en público me da terror. Los días en que el menú viene con papas fritas son una tortura, ¡como en el casino del colegio! El bistec con papas fritas, típico plato que mi instinto me ordena abalanzarme y engullir en dos segundos si no me contengo. Pero soy civilizada, no ignoro que todas las miradas están sobre mí y mi tenedor. "Cacha la guatona, te apuesto a que se atora". Eso es lo que comentan a mis espaldas cuando cruzo la sala, estoy segura. ¡Entonces, no! Ni la sombra de una papa frita en mi plato, ni papas salteadas ni doradas, ¡solo ensalada y váyanse a la cresta! Las hojas de lechuga flotan como nubes. Un plato vacío, eso es lo que me espera. Con una manzana de postre. La fruta por lo menos tiene azúcar, ¡pero le falta tanta crema!

Absorta en las papas fritas y los postres de crema y chocolate que tengo al frente, mastico mi ensalada como una vaca enorme, desesperadamente dejada de lado, definitivamente aparte.

Obvio, mi dieta dura mientras haya público. Solo minutos después de mi huelga de papas en el restorán, recupero mis dominios en el departamento al son de "¡ábrete sésamo!" delante de la despensa y el refrigerador. ¡Al ataque! Miel de lavanda, mantequilla, gomitas, una botella de limonada, donas rellenas… Hoy es el día perfecto: sin testigos, mi mamá está en la playa, mi papá jugando a la petanca. Por fin puedo atiborrarme, mis dedos febriles en el paquete de papas o afanados untando unas tostadas. Revivo, durante los momentos de bajón, atenta al alivio de mi estómago, mi boca agradeciendo al cielo y todo mi ser flotando en un nirvana. Me tomo mi tiempo, el necesario para engullir los víveres que prometen mantener mi volumen.

Y después, como siempre, cuando la saciedad llega por fin, constato los estragos en el reguero de envoltorios desparramados a mi alrededor. Me siento en calma pero vencida y veo a Bobo, mi perra, que me acompaña desde que entré por la puerta, pero a la que no había pescado, demasiado absorta en mi asalto alimentario.

–¡Bobo, estás aquí, por supuesto! ¡Vamos a salir, no te preocupes! – le prometo.

¡El solo hecho de pararme de la silla en ese momento no tiene nada de fácil! Mi centro de gravedad busca el equilibrio mientras mi estómago se balancea peligrosamente.

Después, es necesario guardar todo impecablemente. Hacer desaparecer los envoltorios vacíos del departamento. No dejar rastros, yo no fui, no hice nada, ni siquiera lo probé…

Voy a pasear a la perra, para pensar en otra cosa.

–Vamos, Bobo, vamos a pasear.

Aprovecho para tirar en el basurero de abajo todos los paquetes vacíos mientras Bobo descarga bajo el primer arbolito. Como siempre, tengo mucho miedo de que alguien nos vea. Se admiten perros en el condominio, siempre y cuando sean pequeños y sus dueños recojan sus necesidades. Tengo la costumbre de padecer las miradas ajenas y claramente la pesca del mojón no arregla nada. Trato de hacerlo discretamente, pero siempre hay un mirón en su ventana o un pasante que sale de la nada al último minuto. Por supuesto, hoy no es la excepción. En el momento en que me agacho para llenar mi bolsa plástica, un paseante cae del cielo. Inmediatamente, me veo a mí misma deshacerme en excusas, a pesar de que no estoy haciendo nada malo. Soy lo suficientemente tonta para poner una sonrisa estúpida que significa "¡perdón, lo siento, perdón!". De vuelta recibo sin sorpresa una mueca que no deja lugar a dudas: "¡Puaj, asqueroso!". Pero no engancho. Sé que debo aceptarla. Es el precio que tengo que pagar por una compañera fiel. Bobo es una verdadera amiga, quizá la única que me mira con normalidad. En sus ojos no veo molestia, me toma como soy y, de hecho, le da lo mismo mi apariencia. Para ella lo que cuenta es que le llene su plato, que le hable mientras acaricio su cabeza y que la saque a pasear todos los días. El resto, el contorno de mi pecho y de mi cadera, no tiene importancia. No hay nadie con quien me sienta así de tranquila. Sin juicio, sin vergüenza.

–¡Ven aquí, Bobo! ¡Qué buena perrita, sí, qué buena perrita!

De hecho, de vacaciones o no, cuando salgo a pasear, por lo general es con Bobo. Fuera de la fatídica secuencia de la recogida de mojones, me siento menos apestosa en su compañía. Me da un rol. Con la correa de mi perra en la mano, mi cuerpo ya no está solo frente a las miradas en la calle. Pueden mirar a Bobo, no están obligados a detenerse en mí.

A la vez, no soy tonta, sé lo que dice la gente. Encuentro hasta deprimente cómo mi apego a Bobo los conmueve: "¡Pobrecita, está tan sola, menos mal tiene a su perro!". Y lo peor de todo es que no se equivocan. En el colegio solo me junto con Charlotte y Dounia, las conozco desde la básica. Son las únicas que osan acercárseme, a menos que sea yo la que prefiera quedarse al margen por miedo a que me suban al columpio.

La gente siempre se junta en grupo y me siento incapaz de mezclarme con ellos, los otros, los que no saben quién soy, las que hablan fuerte haciendo grandes gestos, compartiendo ataques de risa, del brazo de los minos… Estoy feliz de tener a Dounia y Charlotte, me sacuden un poco mi soledad, y eso es muy valioso. Pero a veces preferiría no escuchar sus dramas del corazón y darles consejos completamente ilegítimos por mi total falta de experiencia. A veces me hago la cansada para escapar de sus confidencias. Les dije que

tenía una enfermedad, de hecho. Mi obesidad viene de esa maldita enfermedad… Ya sé, qué fácil, pero podría ser cierto, así me dejan en paz cuando quiero estar sola.

–A veces, me dan las crisis –les digo–. Nunca sé cuándo va a venir. Pero cuando me da…

Y dejo flotando la duda. ¿Qué es lo que pasa cuando le da?

–¡Cuenta! ¿Qué pasa cuando te da?

–No tengo muchas ganas de hablar de eso. Es difícil. En resumen, me pongo mal, muy mal.

Dejo que cada una se imagine lo que quiera. ¿Acaso vomita? ¿Grita o cae desmayada?

Mis únicas crisis se llaman bulimia, caigo en las tortas y los berlines con crema...

Él

De lejos, no la había notado realmente. No la encontré terrible, para ser honesto, al avanzar entre la fila de butacas. Solo caché que era más bien gorda. Era la noche de cine al aire libre. Estaban dando una película vieja de la época de mis papás: Billy Elliot. Me encantó la historia de este cabro que lleva su pasión al límite. Y bueno, estaba al lado esta mina.

–¡Ay perdón! –me dijo cuando me senté.

Fue raro. No entendí por qué me pidió perdón. Tuve la impresión de que ella misma no lo sabía muy bien y que se sintió tonta de haberlo dicho. Intrigado, no pude evitar observarla cuando la película empezó. Me las arreglé para no girar la cabeza, solo los ojos; no quería que se diera cuenta de mi jueguito. Ahí caché que era linda, de hecho. Toda carne, redonda y blanca, como una piedra pulida por el mar. Pelo negro y semilargo, ojos traviesos, una boca muy tierna que parece siempre estar sonriendo, una boca muy golosa. Cada cierto rato, se acomodaba un mechón detrás de la oreja. Me dieron ganas de respirar profundamente para sentir al vuelo el perfume que se desprendía de sus movimientos. Porque olía bien, además. Era tan extraño. Pensaba: "¿Qué estás haciendo? Igual es gorda…". Pero estaba subyugado. Nuestras butacas estaban unidas y mi brazo a veces tocaba el suyo. Entonces sentía un estremecimiento en el fondo de mí, para nada incómodo, un estremecimiento que me hacía sentir bien. Me sorprendí acercando mi hombro al suyo para ayudar al contacto de nuestros cuerpos, como quien no quiere la cosa, obvio. La vi reírse cuando yo tenía ganas de reírme, y llorar cuando yo me estaba aguantando. Me conmovió, una locura todo lo que me conmovió durante la función.

Desde ese día quedé flechado. Solo pienso en ella. La seguí hasta la playa ayer, para saber más. Me obsesioné con mi jueguito, me encanta

mirarla de lejos. Porque, no sé, creo que tiene algo en común conmigo. El secreto, el desfase, me parece que los conoce, igual que yo. Es alguien que está aparte, y siento que, por una vez, quizá tenga las agallas de acercarme a una mina. La cosa es que no es muy fácil de pillar. Casi no sale en todo el día, salvo para ir a almorzar con su familia y para ir a la playa en la tarde. Y no puedo abordarla delante de todos. Si mi hermano estuviera en mi lugar, no lo pensaría durante eones, encerrado en su sucucho. Se plantaría delante del primer espejo para arreglarse la ropa y el pelo y, satisfecho, iría derecho al abordaje con las palabras listas, se las sabe por libro. En fin, no con ella. Lo conozco, jamás se comería a esta mina.

Cuando lo pienso, me pregunto cómo es posible que seamos hermanos... Me engancho de LA mina que le daría alergia y no soporto los espejos. En cuanto a mi método, no tiene nada que ver con el suyo: después de pasar la mañana entera escuchando buena música pensando en ella, salí a comer con mis viejos. Caminando sobre el murito estrecho que bordea el restorán, me prometí a mí mismo: “Si pierdes el equilibrio, la llamas por teléfono después de almuerzo”.

Obvio que me caí. Y sonreí. No sé todavía cómo lo voy a hacer, pero la voy a llamar, no tengo alternativa.

Ella

-¡Eres una perrita hermosa, tú! –le digo a mi perra entrando al departamento. Y me voy directo a las despensas en busca de azúcar. Preparo mis municiones: galletas, panqueques con chocolate, puré de castañas y jugo de piña. Pero suena un timbre. Algo que nunca había escuchado hasta ahora: el teléfono fijo del departamento. ¿Qué hago? Estoy sola aquí y no puede ser para mí. Lo dejo sonar, qué me importa, sea quien sea tendrá que volver a llamar a mis papás cuando vuelvan. Solo que el timbre empieza a sonar inmediatamente de nuevo, insistente. Podría ser importante.

Entonces contesto.

–¿Aló?

–Sí, es la recepción, tiene una llamada, se la paso…

Pero no hay nadie del otro lado de la línea, solo algo que parece una respiración. Dejo de lado el teléfono y me lanzo sobre mi panqueque y mi vaso de jugo. La vida vale la pena con una cucharada de azúcar, vale la pena por unos minutos.

Me vine a leer al fresco del departamento, supuestamente, mientras mis papás se toman un café en la terraza con unos vecinos, vecinos de vacaciones, en hawaianas y pareo… El resto de los de mi edad aprovechan los rayos del sol más calurosos del día para perfeccionar aún más su bronceado. Yo no tengo ningún apuro por ir a exhibirme en traje de baño. No me atrae en nada desvestirme delante de todo el

mundo, prefiero por lejos quedarme hibernando. Prendo la tele, me echo en el sillón y me paro altiro porque mi panqueque se terminó. Agarro los dos últimos que quedan en el paquete abierto, para qué hacerse rollos, de todas formas, en este punto, tres panquequitos son poca cosa. Bobo vino a pegarse a mí delante de la tele, la vida vale la pena.

Y de pronto, detrás de la puerta de entrada, oigo un ruido de hawaianas que conozco bien. Me embuto el paquete de panqueques en el bolsillo, apago la tele, y me voy a encerrar a mi pieza. Mi papá va a entrar y no quiero oírlo darme jugo a propósito de mis picoteos y de todas las actividades bacanes sobre las que debería abalanzarme en este condominio de vacaciones tan simpático. Como todos los días, viene a hacer una pausa de televisión a la hora del calor y sé que prefiere, como yo, estar solo. No hay problema, estoy en mi puesto, echada en mi cama, con una revista de música en las manos.

–¿Lees tranquila?

–Ajá…

–¿Vas a salir más ratito, ah?

–Mmm, cuando haga menos calor.

Cierra la puerta con suavidad. Mi corazón retumba fuerte en mi pecho. ¿Animal acorralado, criminal en fuga, clandestino en su escondite? ¿A qué estoy jugando, francamente? Me paro y me quedo inmóvil frente al espejo del armario. Horrible, soy horrible. Obvio que no estoy para ir a broncearme junto con los demás en la playa. Y no es atragantándome de panqueques que voy a ocupar menos lugar en el espejo… De golpe, siento calor, tengo miedo y empiezo a llorar como una pendeja. Lloro con hipo, tiemblo y resoplo, ¡la vida no vale la pena, no! ¡Me siento tan nula!

Entonces, escucho a mi papá que me llama. Respiro, rujo y voy a ver qué quiere.

–Es para ti, parece –me dice pasándome el teléfono.

–¿Ah? ¡Pero si nadie conoce mi número de vacaciones, papá!

–Parece que sí, preguntaron por Chloé…

Hago una mueca y agarro el teléfono, pero no entiendo nada de lo que me dicen del otro lado. Un tal Quentin quiere que nos encontremos no sé dónde, cuando yo quiera y en el lugar que yo prefiera. Me encierro en mi pieza y contesto que hay un error, que no conozco a ningún Quentin y que lo siento. Me abstengo de decirle “¡si supieras…!”.

–¡Espera, no cuelgues! –responde la voz–. Te estás quedando en el edificio 2, eres morena y hoy llevabas una polera azul con una llave de sol y un pantalón negro.

Cuelgo sin pensarlo y empujo un poco la puerta para echarle un ojo a mi papá que cabecea en el sillón. Entera descolocada, me echo en la

cama con mi revista. Todavía tengo los ojos rojos y la nariz hinchada como una papa por mi llanterío frente al espejo. Me siento avasallada por mis emociones, tengo que recobrar el aliento. "¿Qué es todo este cuento?". Respiro profundo, eufórica como una pulga –lo que no es fácil de imaginar– y corroída por la angustia a la vez.

Entonces, suena el teléfono de nuevo.

–¿Aló?

–Hola, es Quentin.

Le contesto al toque:

–Escucha, obviamente estás equivocado de morena. Hay una cosa sobre mí que no dijiste, algo que salta a la vista y que es la prueba de que no estás hablando de mí.

Me contesta que siente mucho no haber precisado desde el comienzo que era linda.

–Es la prueba de que estás perdido, no soy linda.

–Yo encuentro que sí…

Dejo el teléfono. No sé, tengo miedo, no entiendo nada. No me habían hecho nunca esta broma. Estoy segura de que Quentin no está en un error, sino que encontró una forma de entretenerse, se está burlando de mí. O bien… me sorprendo haciendo el inventario de los jóvenes gordos del condominio de vacaciones. Tiene que ser parte del lote. Solo está buscando hincarle el diente a una mina, y con su físico, no espera nada mejor que yo… "¡Cada oveja con su pareja!". ¡Auxilio! Maldigo a mi papá que bajó el último paquete de pastel. Voy a necesitar todo el pasillo de galletas del súper para mí sola para calmarme ahora.

Él

Mi hermano acaba de llamar para decirnos que va a pasar a vernos mañana. Lo sabía. Estaba seguro de que iba a aparecerse. Conoce a todos aquí, a los animadores, al barman, a los clientes frecuentes… ¡No tenemos nada que ver los dos! Yo me he hecho, si es que, tres amigos desde que vengo. No es por nada que mi papá dice que soy autista.

–¡Oli llega mañana! –celebra mi mamá.

Claro, no se hace de rogar para saltar a su auto, correr al súper y llenar el carro con las cosas preferidas de su hijo mayor. La consabida botella de champaña para festejar el reencuentro, el six pack de chelas para el aperitivo cotidiano, las papas fritas, los pastelitos, las tostadas para el desayuno… Desde que se fue de la casa para ir a la U, cada vez que se aparece, la vida de mis papás se transforma en una fiesta y todo gira en torno a él hasta que se va. Normalmente, acepto este circo sin chistar, pero ahora siento como un malestar. Creo que no lo necesito para terminar esta estadía. Va a complicarlo todo y quizá hasta me

eche todo a perder. Aún no he podido quedar con Chloé para salir, pero estoy seguro de que puedo convencerla. Salvo que mi hermano las cague. Y lo va a hacer, es obvio.

Porque Chloé tiene un defecto, es gorda. Y eso es una cosa que no les pasa a los Bertin. No hay gordos entre los Bertin. Hay grandes, esbeltos y flacos, musculosos o arreglados, traga pastillas, que a su vez tragan grasa, pero no gordos, ¡POR FAVOR GORDOS NO!

El problema es que yo me vería tan bien junto a Chloé. No les va a gustar a los Bertin, pero en verdad tiene algo esa mina. De costumbre, me vuelvo loco y torpe a la hora de abordar a una mujer. Pienso que jamás voy a ser capaz de abandonarme en sus brazos. Mientras que Chloé, por el contrario, sueño con que me abra sus brazos. Que me ofrezca sus hombros, sus senos como cojines bajo mi cabeza, su piel generosa y suave. Me derrito pensando en eso y no lo puedo evitar. Me derrito, literalmente.

Si mi hermano se entera, me va a destruir. Y mi mamá... no quiero ni imaginármelo. Es capaz de llorar preguntándome qué fue lo que hizo mal.

Ella

Desde la llamada telefónica tengo miedo de salir. De cruzarme con ese mino, de entender realmente qué quiere conmigo. Me quedo en el departamento, paralizada. No logro ni siquiera concentrarme en mi revista. Repaso nuestra conversación en mi mente, tratando de escuchar su tono de voz, para cachar si era sincero. Me pregunto qué va a ser de mí de aquí hasta el final de las vacaciones. Seguro que ya soy el chiste de un grupo de niños lindos que voy a tener que toparme una y otra vez en el restorán y en todo el condominio.

Mi mamá vuelve de la playa con la piel un poco más roja que al almuerzo y el pelo lleno de monoi. Me pregunta si por fin voy a decidirme a aprovechar la playa y todo lo genial que hay en este condominio de vacaciones.

–¡Tengo demasiado calor para ir a la playa, te dije!

–Anda ahora, está rico. ¡Te haría tan bien tomar un baño de mar!

Tiene razón, me encanta nadar, remojarme, flotar en el agua. ¡Me siento ligera en el mar! Voy cuando la playa comienza a vaciarse, cuando las bellas se anudan el pareo sobre las pechugas, guardan sus aceites y sus revistas femeninas en sus bolsos de playa, cuando sus hombres cierran las páginas de deportes y sus cuentos policiales. Los diarios no tienen género. Se dejan leer por toda la familia, sin importar la edad y el sexo de los lectores. Cada uno vuelve a prepararse para la noche, el restorán, la pista de baile… y yo aprovecho este éxodo masivo para echarme en su arena un rato. Tengo mi lugar junto al acantilado, al resguardo de las miradas. Me

quito la ropa a toda velocidad y me zambullo directamente en el mar, el mar que me vuelve ligera y ofrece un escondite ideal a mis curvas de cetáceo. Ven acá, pequeña, entrégate… Puedo incluso sentirme pequeña en su infinitud. Me remojo, me refresco, me encuentro. Pero hoy día no voy, me quedo escondida detrás de mi puerta hasta la cena. No quiero toparme con ese Quentin que me dice linda cuando soy la más fea de todo el condominio.

A pesar de que el hambre me tortura, sigo a mis papás a contrapelo al restorán. Me concentro en mis pies con mayor insistencia que de costumbre. Una vez en mi puesto, me suelto el pelo para hacer una pantalla y espero mi plato sin levantar la cabeza.

–Trata de ser educada por lo menos –me dice mi papá.

–Amárrate el pelo, Chloé –sigue mi mamá–, lo estás untando en la salsa.

Pienso que el mino que me llamó seguramente me está mirando, así que hago lo posible por comer despacio, delicadamente. El asado está exquisito, el puré, líquido como me gusta, la comida, deliciosa. Por fin, mientras pelo mi pera, siento un golpecito en mi espalda. Quedo tiesa, esperando lo peor, la broma pesada, la frasecita viciosa al oído… Pero nada de eso, el golpecito era mi papá que volvía del bufet de postres con una torta de chocolate.

–¿Ya viste el afiche de actividades para esta tarde?

–No, ¿por qué?

–Hay una competencia de improvisación para jóvenes, a las nueve en la sala Marie Galante.

Todas las salas tienen nombres de islas.

–Ya, ¿y?

¿Piensa acaso que voy a participar? “Hola, no conozco a nadie y nunca he hecho teatro en mi vida, ¡pero me gustaría probar precisamente esta noche! Puedo hacer de ballena en Moby Dick, o Dumbo el elefante, si me hago trenzas, fácilmente me parezco a Obelix…”.

No le contesto. Termino mi postre y me levanto de la mesa, bajo la mirada atónita de mis papás, desesperados por mi comportamiento y su incapacidad de hacerme feliz.

Una vez en el departamento, preparo un bolso con una toalla y mi traje de baño. Dejo una nota sobre la mesa y bajo a la playa. Está casi desierta. Solo un par de parejas aisladas demasiado ensimismadas. Está algo oscuro, es el momento ideal para bañarse. Nadie me ve ponerme el traje de baño. Camino lentamente sobre las piedras hasta el agua. Abandono mis chalas en la orilla y pruebo el agua, me como el agua, tomo el agua en mis brazos. Sumerjo mi cuerpo entero en el mar y me dejo llevar lentamente. Estoy bien. Me quedo largo rato, envuelta en el frescor hasta el cuello, como una tortuga.

Él

Mi papá vuelve de las compras cargado como burro. Se apura en llenar el refri porque ya es la hora de la velada teatral.

–Te demoraste –alega mi mamá–. Ojalá consigamos un buen puesto.

Sus movimientos están animados por una energía fácil de relacionar a la próxima llegada de mi hermano. Su superhijo, el bronceado, musculoso, el mino orgullo de sus padres que hará su entrada estelar en este condominio de vacaciones lleno de testigos. El perfecto, el que salió tanto mejor que yo. El que debería servirme de modelo, explicarme cómo ganar, cómo volverme un depredador, volverme orgulloso, liberarme de mis fallas, mis tremendas fallas de virgen incapaz de acercarse a una modelito de revista, como solo él sabe.

En la sala Marie Galante, mis papás se hacen notar esperando la entrada de los artistas a escena. Hablan fuerte y gesticulan excitados. Creo que les tengo rencor por estar tan impacientes.

–¡Este Oli! Típico de él esto de llegar así de la nada.

–Se le oía bien por teléfono. Parece que está bien, ¿ah?

–¿Y, Quentin, estás contento de ver a tu hermano mañana?

–Ajá…

Qué vergüenza, siento que todo el mundo nos mira. Además, no tengo ganas de ver este show, lo único que pienso es salir de esta maldita sala de eventos que no me deja ni siquiera el placer de mirar a Chloé. Debe estar en la playa a esta hora.

Ella

Salgo del agua sin pensarlo. Me pongo los shorts y me envuelvo en la toalla. Camino por las piedritas y entonces levanto la mirada, un poco para buscar dónde dejé mi bolso, y lo veo. Al final, veo que hay alguien sentado cerca de mis cosas, mirando hacia mí. Me paro en seco frente al intruso.

–¡Hola, soy yo! –me dice simplemente.

Mientras me bañaba, no me di cuenta de nada. No lo oí llegar, escuchaba la noche. Tampoco lo vi, miraba el horizonte perdido en la oscuridad.

–¿Quién eres?

–¡Quentin!

Su voz es dulce. Parece sincero. Creo que la noche ayuda también. Seguro que no me ve muy bien, me siento un poco camuflada.

–¡Estás loco! ¡Me asustaste! ¿Hace rato que estás ahí sentado?

–No sé, no me fijé. ¿Está rica?

–¡Demasiado! Podría quedarme la noche entera, es el mejor

momento para bañarse.

–Te he visto aquí por las noches –me confiesa–. Qué valiente. ¿No te da miedo el agua oscura?

–No, al contrario, me siento bien.

Aquí, desde donde estoy, lo veo mal. Una cosa es segura: no es gordo, para nada. Me acerco lentamente, me invita a sentarme a su lado. Dudo, estoy desconcertada, incómoda con la idea de sentarme, de agacharme, de tumbarme, rodar y caer encima de él. Pero logro instalarme con gracia. Me doblo con una delicadeza sorprendente, sin torpezas, me encuentro a su lado y tengo la impresión de que las piedras se volvieron de espuma. Lo veo de más cerca: su pelo largo amarrado en una cola de caballo, el rostro delicado, casi imberbe, y unos lentes pequeños de marco metálico, rectangular. Lleva una polera negra, un short negro, zapatillas negras, ¡un verdadero atuendo de cuervo!

–Honestamente, no entiendo –le digo secando mi cara con la toalla–. No entiendo qué haces aquí.

–¡Bueno, mirar cómo nadas! Hablar contigo…

–¿No vas al teatro con los demás?

–No, ¿y tú?

–¿Por qué no estás con el resto?

–¡Porque estoy aquí!

–Ya, pero ¿por qué estás aquí? Ni siquiera nos conocemos…

–Bueno, la playa no es tuya, ¿o sí? ¡Esta no es la playa privada de Chloé!

–Para empezar, ¿cómo sabes mi nombre?

–Tengo oídos y sentido de la observación.

Es ridículamente osada su manera de abordarme. Me gusta hablar con él. Creo que también me gusta bastante cómo me mira. Casi se me olvida mi físico de papa.

–¿Tú te llamas Quentin? ¿Dónde vives?

–En las afueras de París, en el 77. ¿Lo conoces?

–No. Soy de Marsella, un poco lejos de tu 77…

Sonríe mientras hablamos. Me pregunta si quiero volver al agua. Desanuda sus zapatillas, se las saca, junto con sus calcetines. No respondo a su propuesta, lo miro sin moverme, paralizada. Después, se saca la polera, se levanta y me dice:

–¿Vienes?

Me muero de ganas de seguirlo. Pero para eso tendría que pararme, dejar mi toalla, ¡sacarme el envoltorio! No puedo, lo dejo ir solo.

–Tengo un poco de frío. No quiero mojarme. Anda, yo me quedo aquí.

Nunca tengo frío, los gordos siempre tienen calor… Pero es una buena excusa para no acompañarlo. Lo miro entrar al agua. Tiembla de frío. Parece una estaca clavada en la playa, con las patas mojadas y el cuerpo entumido. De pronto, se tira y nada un rato en el agua oscura. Aprovecho para vestirme y mordisquear el queque que metí en mi bolso antes de bajar a la playa. Hago todo esto precipitadamente, vigilando su salida, y me preocupo de limpiarme bien la boca para que no queden migas. Cuando se acerca a mí, con su pelo empapado y la piel de gallina de niño flacucho, le paso mi toalla antes de que se congele.

Él

Mi hermano acaba de aparecer. Es cerca del mediodía. Todavía estoy en la cama, tranquilo, Gossip en los oídos y mi mente aún nadando en la noche con Chloé. Oigo a mi papá, y su locura de felicidad irrumpe en el departamento.

–¡Hola, hola, somos nosotros!

Viene de la estación donde pasó a recoger a mi hermanito. A través de los muros, escucho los besos y abrazos, la voz sólida del hijo pródigo y los gritos de alegría de mi mamá. ¿Se van a poner en este mismo estado cuando yo regrese al nido el próximo año? Porque algo es seguro, yo también me voy. ¡Si entro al bachillerato o a la escuela

de ingeniería no será en París de todas formas! Y yo también voy a hacer de hijo pródigo. Voy a visitar a los viejos y más vale que tengan cerveza helada y cosas ricas…

La puerta de mi pieza termina por abrirse hasta atrás y recibo un almohadazo en toda la cara.

–¡Arriba, soldado! –me lanza mi hermano bromeando–. Oye, ¿es así como me recibes? ¿Ah?

–Ajá, hola, Oli. Ya voy.

–¿Qué escuchas? –me pregunta sacándome los audífonos y poniéndolos en sus orejas–. Seee, no está mal. Es la gorda punki, ¿no? Debo admitir que tiene la media onda esta mina, para ser gorda.

"Veo perfecto la relación", pienso.

Y me imagino a Chloé en el mar oscuro de noche. Ni un poco de miedo, ni un poco de frío. Me pregunto qué es lo que piensa de mí. Si yo fuera ella, me moriría de risa. Hay enormes posibilidades de que no sea para nada de su gusto y entendería perfecto si fuera el caso. Un palo de escoba gigante, una mata de apio, un espárrago, ¡no es como para soñar! Sobre todo si el espárrago en cuestión no es capaz de vivir en sociedad. Porque ese es mi problema. Parece que soy un poco autista. Es cierto que todo me asusta altiro, de hecho. Tengo miedo de la gente, sobre todo. Siempre tengo la sensación de estar en peligro cuando estoy con los otros. No sé por qué. Debo tener algo raro en la cabeza. Me bajan los nervios. Me bloqueo, no puedo abrir la boca y si lo hago, balbuceo tres tonteras y me callo. Salvo con ciertas personas, pero son escasas. Y creo que Chloé es una de ellas, porque no le tengo miedo.

Ella

Esta noche en mi cama, prendo la lámpara, levanto las frazadas y hago un curioso experimento. Trato de mirarme con los ojos de este mino que dice que me encuentra linda. Miro mi cuerpo como si me gustara. Pero me desengaño. "Oh, pero qué lindos son… estos rollos rellenos, y qué lindo cuello… ¡bien gordo! Y estos brazos gruesos y blandengues, estas rodillas de ogra, estos hombros de coloso…".

No, francamente, no puedo entender qué es lo que hace brillar los ojos de Quentin. Resultado, me pongo furiosa con él: no es para nada claro este tipo, ¿qué quiere? Conmigo también, con mis papás que me dejan inflarme sin preocuparse, con los médicos que no logran ayudarme, con el futuro que me da tanto miedo. No me está dando sueño con todo esto. Entonces me levanto para tomar un vaso de leche con chocolate, mi consuelo antes de dormir.

Paso los dos días siguientes esperando que caiga la noche. Paseo a Bobo, leo mis revistas y la novela policial que compré antes de venir, toco un poco de guitarra, como, picoteo, devoro. En la noche,

mientras los otros se van al bar, bajo a la playa donde me encuentro con Quentin.

Es una locura lo rápido que pasa todo. Tres días más tarde, lo dejo acercarse mucho a mí. Trajo una botella de ron sabor coco y dos vasitos. Brindamos, tomamos, volvemos a empezar, nos bañamos entre ataques de risa y seguimos vaciando la botella, dejándonos llevar, acercándonos cada vez más. No tengo costumbre de tomar alcohol, me siento completamente borracha y lo encuentro terrible porque me río, canto y abrazo. Nada nos detiene ahora, seguimos al mismo ritmo sin hacer preguntas, sin darnos cuenta de que logramos escondernos tras el muro de una cabaña en la oscuridad.

–¿Estás seguro? –le pregunto antes de que se pegue contra mí. Antes de que se agarre de mis flotadores, de que se aventure entre mis rellenos–. Francamente, ¿cómo puedes?

Me contesta algo, pero no alcanzo a entender, solo entiendo que estoy viviendo un paréntesis delicioso de mi vida de joven solitaria, ignorando las recomendaciones que nunca tomé para mí y que dejé siempre para los demás.

Algunas horas más tarde, emerjo lentamente, completamente adormilada. El aire refrescó, se desliza sobre mí, sobre mi piel expuesta, libre de mis ropas que pillo desparramadas sobre las piedras, sobre mi sexo impúdico, con el calzón encallado en mi tobillo. Me quedo inmóvil unos minutos, vuelvo lentamente en mí. Después toco mi cuerpo. Piel, nada más que piel. Carne fresca desplegada al aire libre… Desvergonzada, es la palabra que me viene a la mente. Deslizo mi índice entre mis muslos. Están pegajosos, pica un poco. Hay como una extrañeza, una mezcla particular. Estoy perturbada, me siento… cruda. Invadida por un sentimiento entre obscenidad, vergüenza y audacia. Y sonrío. Mi vergüenza no pesa mucho finalmente, porque oigo, por sobre todo el resto, una palabra que conozco muy poco: ¡victoria!

Quentin duerme todavía, justo al lado mío. Ronca sobre su espalda, los brazos en cruz. Miro su cuerpo blanco y flaco. Cuervo desplumado. Sus costillas dibujan rayas francas sobre su pecho lampiño. También tiene una línea al centro de su cuerpo, esa coma abandonada bajo su vientre. Su sexo en reposo, dormido con él. Me levanto lentamente, me subo el calzón y me pongo la polera antes de tapar a Quentin con mi pareo. Mis movimientos quieren ser discretos, pero él no tarda en abrir los ojos.

–Mmm… Chloé… ¡Cool! ¿Todo bien?

Él

Lo hice. Como todos los vírgenes a los que ya se les pasó la edad de serlo, me hacía toda una historia antes, pero me equivocaba. Me

pareció tan fácil y evidente. Tenía ganas de ella, cada vez más, y la noche estaba mágica. No sentimos el tiempo pasar, no cachamos qué nos pasaba. En todo caso, yo, al menos, no lo vi venir. Y lo hicimos. Habíamos tomado un poco, eso me ayudó, lo admito. No tenía miedo, estaba súper confiado en sus brazos. Cuando lo pienso, igual es arriesgado: sin condón, como en la Edad Media… Por mi parte, estoy limpio, pero eso no se hace. Tengo vergüenza y me disculpé. Juramos, para tranquilizarnos, que íbamos a hacernos el test y que nos enviaríamos los resultados en cuanto los tuviéramos. Estoy loco, tengo un secreto enfermo en el fondo de mí. La dura, me siento de una a la altura del "minoco" de mi hermano. Tiré y me descubro tan feliz como orgulloso.

¿Acaso Olivier se dio cuenta? No cacho, pero es raro, justo esta mañana, me hace LA pregunta.

–Entonces, ¿en qué estás con las minas?

Balbuceo. Es tan perturbador escuchar estas palabras, justo hoy.

–Dale, no te hagas el tímido, puedes decirme, soy tu hermano grande, ¿o no?

–Eee… mmm… qué te importa. ¿Te ando preguntando yo?

Explota de la risa como un idiota.

–¡Buena, Quentin! ¡No te esperé, por suerte!

Qué imbécil. Evidentemente que no me esperó, pero me importan un pepino sus proezas. Es mi hermano, lo quiero, pero somos tan distintos los dos… De hecho, tenemos poco tema de conversación y el de las minas y el sexo es sin duda el último en el que podríamos entendernos. En resumen, mientras él fantasea con rubias de catálogo, yo solo pienso en la bella Chloé, que me perturba de una forma inesperada.

Estoy mal, de hecho. Porque quisiera salir corriendo y pasarlo increíble con ella, pero de solo imaginar las caras que pondrían si nos vieran… Mi mamá, que pasa caleta de tiempo contando calorías, que gasta su plata en cosméticos para hacerse un cuerpo soñado; mi papá, que compara sus tiempos de carrera, sus kilómetros para deslumbrarse a sí mismo, y mi hermano, que trabaja sus abdominales y sus pectorales para coleccionar barbies… ¡Que se vayan todos y me dejen en paz! Que se evapore el mundo entero y me dejen solo con Chloé. ¿Qué voy a hacer? Es como si no tuviera derecho a quererla. ¿Tengo que esconderme? ¡No es broma, me preocupa! No me importa, no tengo para qué psicosearme así, no he hecho nada malo, váyanse a la mierda todos. Ella me gusta, es lo que hay, no hay nada que opinar al respecto.

Ella

Volví de la playa. Igual de gorda, pero flotando, muy raro. Desde

entonces, siento una plenitud extraña. Parece que Quentin me vio en el cine al aire libre. Al principio, porque dije una estupidez cuando se sentó al lado mío, y después, porque olía rico, sonreía durante la película, tenía bonita piel, bonito pelo, una boca adorable… Me lo dijo ayer. Tonteras, no le creo nada…

¡Hicimos el amor! Listo, ya lo hice, ya no soy virgen. Dicen que la primera vez es extrañamente genial. Con nosotros fue... No lo sé muy bien, pero no estuvo nada mal en todo caso. De todos modos, no lo puedo superar, lo hice. ¡Es como la cuarta dimensión! Tengo ganas de ver a Quentin, solo pienso en él desde que me desperté y sonrío mientras releo los mensajes de texto que me mandó mientras estaba en la ducha.

Mis papás andan en sus ocupaciones de la semana, gimnasia acuática para mi mamá y petanca para mi papá, con Bobo. Quentin no estaba lejos, de incógnito, escondido detrás de un pino tal vez, espiando la entrada de mi edificio. Lo hago pasar y se fija de cerrar bien la puerta. Entonces pone sus manos sobre mis hombros y me besa en la boca.

–¿Qué pasó anoche? –le pregunto.

–¿Por qué? ¿No te acuerdas?

–Justamente, no de todo. No sé hasta dónde llegamos…

Miento y él lo sabe, pero quiero escucharlo decir que hizo el amor conmigo, quiero estar segura de que no se olvidó de nada.

–Hasta detrás de la cabaña –contesta con una sonrisa adorable.

No me atrevo a preguntar más, aunque me muero de ganas. Además, veo que Quentin se siente algo incómodo de estar aquí. Le propongo ir a dar una vuelta. Tal como lo imaginaba, conoce un camino que lleva a un lugar tranquilo, a la sombra de un pino, con una linda vista sobre el mar y la promesa de un día exquisito.

Sin pensarlo, dejo una notita para mis papás, para que no se preocupen, y nos escapamos al almacén a comprar cosas para el pícnic. Ni hablar de llevarme las papas fritas y los pasteles. Cuando llego a la caja, pongo una botella de agua, dos tomates y dos duraznos. Es ridículo, por supuesto. ¡Menos mal, Quentin se encarga de las papas fritas y los sándwiches!

Nos adentramos en el condominio para encontrar el sendero, pero de pronto ya no puedo avanzar. Mi papá está ahí, justo delante de nosotros. Mi papá, a quien el hambre precipitó fuera de la cancha de petanca, en dirección al restorán, donde la sugerencia del día es choritos al vapor con papas fritas… Abre unos ojos enormes mientras Bobo se me tira encima. Nos mira como si tuviera a dos bichos raros

en frente, sin decir nada, inmóvil. Detesto su actitud, preferiría que hiciera como que no nos ve, estoy segura de que lo imitaría, de hecho, si me hiciera una desconocida. Pero se queda ahí parado como un árbol, con su saco de petanca que le tira el brazo hacía abajo, la mirada fija en la pareja tan improbable que tiene frente a sí.

–¡Hola papá! –termino por gritarle, tratando de parecer natural–. ¡Me voy a pasear, vuelvo en la tarde!

No contesta nada. Está en shock, sin duda muy feliz, pero entero sacudido, solo logra tragar saliva, sin llegar a decir nada.

–¡Me llevo a Bobo, va a estar contenta!

Mi papá nos mira alejarnos con la perra. En cuanto a Bobo, no hace tanto cuento, se contenta con oler a Quentin unos segundos antes de mover la cola y correr delante de nosotros.

–Parece simpático tu perro –dice Quentin.

–Sí, es una perra, la adoro.

Habló de mi perra, no de mi papá. Es cierto que, por el momento, no es fácil encontrar simpático a mi papá…

–¿Y tú? Quiero decir, ¿tus papás? ¿Son piola?

–Eee… sí, normal.

Me crucé con su mamá un par de veces en el condominio. Y ya caché el desfase entre nosotras: hay que multiplicar su cintura por tres para obtener la mía. Pienso que solo puede detestarme.

Al llegar al camino, ya estoy exhausta. Respiro profundo, tratando de pasar piola, esperando que mi cara no acuse demasiado el esfuerzo. Solo pienso en hacer un alto para tomar un sorbo de agua y tragarme una barra de chocolate.

Él

Nos encontramos con su papá. Lo encontré raro. Incluso bizarro. Me pregunto si no es un poco tonto. A menos que no le haya gustado mi pinta. Debe imaginarse que voy a arrastrar a su hija por el mal camino. O me encuentra demasiado debilucho, poco creíble. No sería nada de raro, soy fácilmente catalogable como “asocial”. En todo caso, no di una buena impresión. No es tan grave, Chloé parece no estar ni ahí.

Nos encontramos también con otras personas en el camino. No mucha gente, pero suficiente para que me sintiera incómodo ante su mirada. Era como un mal olor en el aire, como una peste asquerosa que se nos pegaba. Las miradas, las encontré más bien esquivas, y los rostros, derechamente incrédulos. No estoy cien por ciento seguro, porque puedo ser paranoico a veces, pero creo que escuché susurros cuando pasábamos. Chloé no parecía incómoda como yo. Entendí que debe tener la costumbre de no pescar cuando camina entre la multitud. Era como si les estuviera diciendo: “¿Les molesta? Mejor,

¡váyanse a la cresta!". También noté que respiraba mejor cuando nos encontramos solos. Bajo los pinos, frente al mar, en las alturas… ¡Estábamos tan bien! Solos en el mundo por algunas horas. Cero tiempos muertos, ni un minuto de aburrimiento. Me confió un montón de cosas. Por ejemplo, escribe canciones que toca en la guitarra. Compone y canta. De hecho, me prometió mostrarme algunas. Pucha, creo que me estoy enamorando de esta mina. Todo el tiempo tengo ganas de estar con ella. Apenas la conozco, pero la echo de menos en cuanto se aleja de mí. Es como si la vida se pusiera interesante cuando estamos juntos. Diría que ella me despierta. Con ella, me siento en pie, tengo ganas de respirar con todos los pulmones, de salir, de pasarlo increíble.

Ella

El lugar es tanto más tranquilo y la sombra de los pinos tanto más rica que lo que había imaginado subiendo la cuesta. Me tumbo bajo los árboles, me echo en la alfombra de agujas de pino sin pensar en las hormigas que no van a tardar en subírseme encima y sumerjo mis ojos en la inmensidad azul que se despliega ante nosotros, un infinito de agua salada y de vida. Es demasiado bello para que pueda imaginar irme y dejar a Quentin desaparecer tras de mí. Porque nos quedan dos días juntos. Solo dos días.

–¿Crees que volvamos a vernos? –le susurro al oído.

–Hay trenes…

–Y aviones.

–¿Se puede estudiar sonido en tu ciudad futbolera?

–¿Vas a venir a verme?

–¡Nos turnamos!

–Te propongo que tú hagas el primer viaje. Así, todavía va a haber sol y podemos ir a bañarnos.

–¡Fino!

–¿Y si yo voy a París, qué vamos a hacer?

–Eee… Ya sé, el festival de Inrocks, ¡en noviembre!

No está borracho, ve clarito. No es normal, pero hay que reconocer la evidencia: la papa guatona que tiene al frente no le desagrada. Le hace cosquillas en el cuello con una ramita, juega con su pelo, se la come con los ojos.

–Eres linda.

–Para. ¡Cámbiate los lentes!

–Veo muy bien.

–Entonces es tu cerebro el que se fundió.

El día se fue en tres minutos, ¡qué estafa! Hizo falta que mi teléfono se pusiera a sonar para que nos diéramos cuenta de que eran las siete de la tarde. El mar cambió de color. El paquete de papas fritas

está vacío, los sándwiches acabados, igual que las galletas. Las hormigas recogieron todas nuestras migas y los zancudos empiezan a atacar. Todo eso pasa en tres minutos, ni uno más, entre las once de la mañana y las siete de la tarde.

Ya está, nos vamos del bosque de pinos, el rincón tranquilo, el hormiguero, la alfombra de agujas cafés. Dejamos atrás la inmensidad azul. Todo tiene un final. Esa idea me ronda. Avanzo a dos por hora, una verdadera tortuga. Quentin no está muy apurado de todos modos, no bosteza, no resopla. Yo no alego tampoco, no ando a los tropezones, no me tuerzo el tobillo, desciendo la cuesta como una heroína. No pareceré una gacela, pero lo hago bien, encuentro.

Finalmente, aterrizamos en el condominio a la hora en que todos se van al bar a tomar el aperitivo. Las miradas no tardan en recaer sobre nosotros. "¿Qué es esta pareja dispareja?". Nueva experiencia para Quentin, pero no para mí. No tiene ninguna obligación, debe estar loco.

Él

No sé qué hora es, tarde, seguro. No importa, me quedo en la cama, estoy bien y pienso en Chloé. Nos veo de nuevo detrás de la cabaña, después la oigo reírse en nuestro pícnic, golpeando con el pie para echar a las hormigas… Cuando de pronto alguien golpea mi puerta. Me doy vuelta y veo a Oli, y los pinos salen volando, con su alfombra de agujas y los ojos verdes de Chloé.

–Oye, hermano, ¿no es tu mina o sí?

Ya está. Las noticias vuelan, obvio… Prefiero no contestar, ni siquiera lo miro.

–Oye, ¿qué onda? Te estoy hablando, ¿por qué no contestas?

Si Chloé me viera, me detestaría. Estoy seguro de que descifraría lo que hay en el fondo de mi ser. Vería mi malestar, se daría cuenta de la vergüenza que me invade mientras mi hermano me mira con asco.

–¡Chucha, no me lo creo! Con la gorda… con todas las minas ricas que hay por aquí, ¿no encontraste nada mejor? ¡Te estás comiendo a LA vaca del condominio!

Debería hacerlo callar, saltarle encima para cerrarle esa bocota y reanimarle el cerebro. Debería tirarle las mancuernas en la cara y romperle todos los dientes, o llenarlo de gel de ducha hasta que se ahogue entre la espuma. Me contento con darle la espalda, bajo los hombros y me siento tan miserable como si hubiera hecho alguna estupidez, como si le hubiera mentido a mi hermano, traicionado a mi hermano. Como si entendiera su decepción.

–Ah, ya –continúa abriendo lo ojos–. Hay que tener estómago para tragarse semejante esperpento. No sé cómo puedes…

¿Cómo puedo dejarme humillar así? Sigo callado, aprieto los

dientes respirando con fuerza, para no ahogarme.

–No es broma, se parece a la mami Rose.

La mami Rose debe tener por lo menos setenta años ahora. Por supuesto, el cretino de mi hermano no la menciona para recordarme que era genial, sino porque era gorda, tenía el medio culo, una guata enorme, brazos gordos, mejillas gordas. Sobre todo tenía un corazón enorme, y a mí me encantaba la mami Rose, la adoraba. Oli no lo sabe, pero no es tan imbécil al compararla con Chloé, porque forma parte de las pocas personas que han contado para mí. Adoraba a mi nana. Sabía exactamente lo que necesitaba. Me consentía sin engañarme. Me dejaba ganar en las damas y en la batalla, hacía trampa al revés, para perder. Me hacía tortas de chocolate y panqueques. Me compraba dulces que comía a escondidas. También era ella la que me llevaba al parque con la bicicleta. Me celebraba mis castillos de arena y mis bajadas por el resbalín. Nunca nos volvimos a ver después de que se fue a Bretaña. Hace más de diez años. Es igual, nunca la voy a olvidar, a la mami Rose.

Mi hermanito es el rey de los huevones. Si yo fuera más respetable, lo callaría o me mandaría a cambiar. Pero debo ser igual de imbécil, porque prefiero transformarme en planta frente a él. No hace ruido una planta, no molesta a nadie, muy práctico…

Bien merecido, el tiro de gracia: antes de dejarme en paz, después de haberse enrollado la toalla al cuello, mi hermano se me acerca para hablarme bien de frente, demasiado cerca de mi rostro y de mi alma. Me susurra con sorna:

–Si fuera tú, me olvido de la gorda. Soy generoso, estoy dispuesto a no decirle nada a los papás. Conozco a la mamá, no la soportaría. Así que si te importa tu depa en París… ¡no te vas a arriesgar por una ballena!

Ya está, lo dijo todo. Escupió sus insultos y se va en dirección a la playa y las barbies con sus bikinis fluorescentes. Yo estoy paralizado. Sabía que a Olivier no le iba a gustar Chloé, pero no que iba a verter tanto odio sobre mí… Aunque mi mamá sea un poco tarada, aunque se haya hecho los labios de nuevo, puesto pechugas y se haya hecho una reducción de vientre, ¿puede realmente hacerme ese tipo de chantaje?

Y, sobre todo, ¿es posible que no conteste el teléfono cuando Chloé está tratando de juntarse conmigo?

Pucha sí, lo es. Soy hasta capaz de mandarle un mensaje de texto a mi hermano para que se quede tranquilo.

Enviado. Qué hijo de perra. Qué mierda. No soy más que un estropajo hongoso. Pueden venir a limpiarse los pies en mí, es gratis, no lo duden… solo me quedan mis manos para hundir mi cabeza, y mis ojos para llorar. Perdón, Chloé. Me detesto, los detesto.

Ella

Esta cena en familia se me hace eterna. Mi papá está chocho, sus ojitos titilan sobre sus cachetes colorados. Su pequeña vuelve de muy lejos, como sobreviviente de un naufragio interminable. Puede sacar cuentas, ahora ya es obvio, su hija tiene un pretendiente. Mi mamá hace lo que puede por hacerse la loca y adivino que le gustaría poder exigir lo mismo a mi papá para que no lo eche todo a perder.

–¿Estuvo bien tu paseo de ayer? –me pregunta por fin.

–Piola.

–¿A dónde fueron?

–En realidad, no es tan fácil de explicar. Un camino que no conoces.

–Parecía simpático el niño que andaba contigo…

Mi mamá se gira bruscamente hacia mi papá y le lanza una mirada asesina que significa claramente "saca tus patas de ahí". Entonces se retracta, se pone a hablar de las zanahorias que quedaron un poco crudas y del vino que por dios que está bueno. Mi mamá entra de una en sus preocupaciones culinarias, de pronto tiene algo que decir sobre la salsa que tiene demasiado vinagre. "En todo caso el pan está excelente, ¿dónde lo comprarán?". Yo no estoy ni al lado con la cocción de las zanahorias. Cocidas o crudas, jamás igualarán el sabor de las papas fritas que compartimos ayer con Quentin. En lo único que puedo pensar es en dejar esta mesa y encontrarlo en nuestra playa nocturna.

Pero la hora de nuestra cita ya pasó hace rato y Quentin no aparece. Lo espero en las rocas donde nos vemos desde hace algunos días, al caer la noche. Ya me comí el chocolate que me pelé del platito del café de mi papá, pensando que eso lo haría venir. No funciona. No aparece. Metí mis pies, luego hasta las rodillas en el agua negra que me conoce tan bien, y todavía nada. Me meto un poco más, para dejarle tiempo de llegar, pero cuando saco la cabeza del agua, no lo veo en la playa. Me seco, me visto. Me siento sola y gorda y fea y sin interés. La luz que me habita desde hace algunos días comienza a desfallecer, adivino que se apagará de a poco. De pronto, oigo voces lejanas por encima de mí. Levanto la cabeza y noto dos siluetas sobre la costanera que domina la playa. Los sigo con la mirada. Allá arriba, hay dos hombres más bien jóvenes. Descienden hacia las rocas muertos de la risa. Se acercan y entiendo que hablan ruso. De golpe me da miedo, pero no me muevo. Creo que estoy tiritando. Queda día

suficiente como para notar líneas en sus brazos y sus piernas. Están tatuados y rapados. No me muevo. Solo quiero que no me vean. Ahora, se sacan la ropa a toda velocidad y corren para tirarse al agua. Nunca he visto a nadie correr como ellos en pelota por las piedras. Todo el mundo camina a dos por hora retorciéndose de dolor. Ellos no. Se meten al mar gritando como bestias. Bestias feroces al ataque. Siento que tengo que irme, no necesito saber más y estoy realmente asustada de verlos subir por mis rocas. Recojo mis cosas y me salvo. Al mismo tiempo, trago saliva amarga. Reconozco mi estómago que no perdona en estas situaciones, lo escucho gritar: "¡Al abordaje!". Así es la cosa, tengo que atiborrarme para olvidar, por unos minutos, que soy infeliz.

Él

Sé que está allá, esperándome cerca de la cabaña. Que mira sus mensajes de texto a cada minuto. Ya me ha mandado tres, preguntándome qué estoy haciendo. Demás que piensa que mi teléfono tiene un problema, que se me perdió o que lo rompí. Igual, me está esperando, cree que me voy a juntar con ella.

¡Nada! Yo me quedo aquí. Enclaustrado entre los muros de cartón de este departamento. Ni siquiera pude ir a tomarme el aperitivo con mis viejos y mi hermano, tenía demasiado miedo de toparme con Chloé.

–Me duele la cabeza –les dije. Y me zampé un sándwich de mortadela.

Como una pesadilla, Oli se apareció apenas una hora después. Volvió temprano para no perderse los deportes en la tele. Imposible salir de aquí entonces. No me va a dejar, lo sé. Solo me queda seguir con el jueguito de la migraña, escondiendo la cabeza en la tierra, cobardemente, mientras ella espera en las rocas.

–Perdona por lo de hace un rato –me lanza mi hermano.

¿Perdona? ¿Qué le pasa? ¿Se puso a pensar? ¿Tiene remordimientos por haber estirado demasiado el chicle?

–No podía saberlo…

–¿Qué cosa?

–¡Que era una apuesta! No tienes miedo de nada, tú. Yo no podría, ¡ni por plata!

Me duele la guata. Es el cuchillo que gira en la llaga. Como un miserable, me acurruco, me aplasto como un panqueque. Mis tripas se revuelven, se aprietan, tiran. No tengo tiempo de llegar al baño. Vomito en el pasillo.

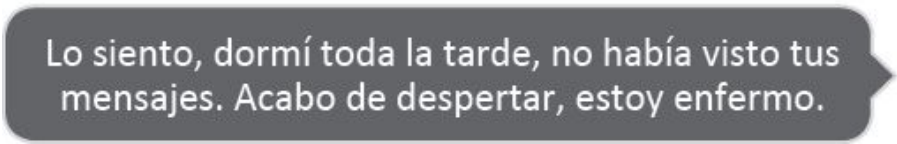
–¡Oh, hermano! –se mata de la risa Oli–. ¡Te hizo mal comerte a la gorda!

Si pudiera… lo agarraría, lo haría limpiar mi vómito, trapear el

pasillo recitando excusas. “¡Perdón, Quentin! ¡Perdón! No tenía derecho, debería…”. En lugar de eso, voy a buscar el balde debajo del lavaplatos, el limpia pisos, el trapero, y me pongo en cuatro patas a limpiar. Me detesto. Lo detesto.

En ese mismo instante, Chloé me espera en la playa. Podría mandarle un mensaje de texto, pero ¿qué le digo? ¿Mi hermano no quiere que te vea? Prefiero dejar pasar el tiempo, hacer como si ella no existiera, como si no me esperara. Y sobre todo, como si eso arreglara algo…

Al final, pasan más de dos horas antes de tratar, cobardemente, de salvarla con un mensaje de texto rancio:



Ella

Nunca me había atiborrado tanto. Trago todo lo que pillo en el departamento. Me metí en todas las despensas, el refri, la caja del pan… Los pasteles tienen el sabor salado de mis lágrimas, pero eso no me impide seguir rellenándome. Engullir, rellenar, embutir, forzar y llorar al mismo tiempo.

“Me va a dejar”, pienso. Ya me dejó. Me mandó un mensaje de texto nulo. Sabe que me voy mañana en la mañana, ¡hace tres días que se lo repito! Nos quedan unas pocas horas hoy día para vernos. Le dije, mi papá tiene que estar en Marsella mañana al mediodía. Saldremos a las diez, a más tardar. No me importa, nica lo llamo, tengo mi orgullo. Ahora sé que se quiere deshacer de mí. Estoy segura de que tiene vergüenza, porque soy gorda. Gorda y fea. ¡De hecho, es incomprensible que no lo haya visto antes! Salvo que se haya reído de mí, y todo haya sido falso desde el principio. ¿Y si fue una apuesta, y ganó? “Te apuesto que me como a la gorda…”. Si no vino, quizá quiera decir que se fue al carrete del bar. Obvio que tiene un montón de amigos en el condominio y están todos cagándose de la risa mientras él les cuenta su hazaña, mientras les describe, entre carcajadas, cómo me llevó detrás de la cabaña de la playa, cuánto mide mi contorno de busto y cadera. Me lo imagino doblado de risa, teniendo que retomar el aliento para seguir con su historia. Y los otros aplaudiendo.

Estoy sola con la perra en el departamento, mis papás se están demorando en volver. Solo está Bobo mirándome con ojos compasivos. Me paso esta mala película comiéndome unas nueces, porque es casi lo único que queda. Odio las nueces.

Cuando mis papás llegan por fin, me encuentran tirada sobre la mesa, en medio de envoltorios de cosas para comer, con los ojos rojos y la frente ardiendo. Comprenden altiro que hice la operación rastrillo del siglo y mi mamá no encuentra nada mejor que deshacerse en lágrimas.

–Mi guagua –repite–. Mi guagua…

–¿Qué pasó ahora? –se inquieta mi papá que se odia por haber cantado victoria tan rápido. (Su hija no tiene más pololo hoy que hace una semana)–. ¿Es por el niño que conocí ayer?

–Déjala en paz –reacciona mi mamá–. No es el momento.

Tiene razón. ¡Cómo me hace sufrir esta llaga ardiente! No puedo hablar, con la boca abierta todavía medio llena, el estómago a dos dedos de rebalsar y el corazón en paro.

Así que, por esta noche, mis papás se quedan callados.

Pero antes de acostarse mi mamá se aparece por mi pieza. Me hace cariño en la mejilla y susurra:

–Trata de dormir un poco. Nos vamos temprano mañana.

Sé que no voy a poder dormir esta noche. No me faltan razones para no irme al país de los sueños. Mi estómago me reta y mi cabeza pasa en horario continuado la película del atracón que me acabo de pegar. Mi caída. Me siento en ruinas, un montón de carne desmoronada.

A pesar de todo, el tiempo pasa en silencio y se hace de día cuando oigo a mis papás moviéndose por el departamento. Sus murmullos, la cafetera, los cierres de las maletas… Las cosas se precipitan antes de nuestra salida. Todo pasa muy rápido en mi cabeza y, sin pensar, salgo de la cama para disuadirlos.

–¡No estoy lista! ¡No podemos irnos tan temprano!

–Que no cunda el pánico, tienes tiempo de tomarte una leche con chocolate, hija mía –me consuela mi papá.

–¿Qué hora es? No puedo irme antes de las diez. Incluso a las diez es muy temprano.

–¿Por qué, qué pasa? –pregunta mi mamá.

–Así es no más. No les puedo decir.

Y corro a la ducha.

Cuchichean, obvio. Una pelea en voz baja. Y un portazo.

Él

Maldita noche.

Malditos pensamientos.

Maldito imbécil.

Malditas vacaciones.

Maldita vida.

Me levanto y me voy a fumar a la terraza. La luna está llena, me mira, me examina.

–Eres una mierda –me dice.

–Lo sé –contesto.

Ella

No sé cómo tuve el valor, pero lo hice. Acabo de golpear a su puerta. Justo antes de devolvernos a Marsella, el auto lleno, mi papá sentado frente al volante, el motor casi en marcha.

–¡Solo un minuto! –digo.

Eso es solo para calmarme. Para ayudarlos a esperarme. Son las diez y media, lo más que pude obtener de mis papás.

La puerta se abre y sale su mamá. Cuando me ve, se echa un paso para atrás y abre grandes los ojos.

–¿Sí? ¿Qué desea? –dice para hacerse la educada.

Me doy cuenta de que se ahoga por dentro. "Auxilio, pero ¿qué hace aquí esta ballena?". Obvio que eso piensa.

–Hola, ¿está Quentin?

Su lifting se deshace frente a mis ojos. Sus arrugas estiradas volvieron de golpe sin aviso. Asaltaron el contorno de su boca y surcan ahora por su frente. Está pensando tan fuerte, que puedo oír las palabras pronunciadas en su cabeza: "¿Qué quiere esta guatona con mi hijo?".

–Sí… pero está durmiendo.

Me quedo clavada en mi lugar. Frente a mí, la muñeca de cera sigue poniendo los ojos en blanco y tragando saliva. Duerme, él. Yo me estoy ahogando desde ayer y él duerme como un bebé. No puedo contestar nada. Y aunque pudiera, qué diría: ¿Su hijo me dijo que me encontraba linda, hasta tuvo sexo conmigo, quería decirle chao antes de irme? Entonces estiro la mano y le paso el sobre que preparé para Quentin.

–¿Es para él? –me pregunta la mujer que se tomó el tiempo de leer el nombre de su hijo en el sobre.

Pienso: "Pobre imbécil, ¿no sabes leer?". Y me doy media vuelta sin decir nada.

–¿Todo bien? –me pregunta mi papá antes de girar la llave de

contacto–. ¿Podemos irnos?

Esa es otra pregunta imbécil. Nada bien, en absoluto, pero sí, podemos irnos. Me meto en el asiento trasero y pido el resto de las magdalenas.

–¡Aguántate hasta la casa por lo menos! –se enerva mi mamá.

En ese minuto, me acuerdo de la expresión "llorar como una Magdalena". Y pienso que no, no me voy a poder aguantar hasta la casa. Bobo me mira con sus ojos de perro apaleado. Nos entendemos entre nosotras por lo menos.

El camino a Marsella es abominable, una verdadera tortura. Estoy con falta de azúcar, obvio. Bobo se acurruca conmigo para ofrecerme la suavidad de su pelaje. Es suave, pero no tanto como las magdalenas.

Él

No lo puedo creer, se fue. "Chao". Fue todo lo que me mandó a las 10.50. Dejé todo tirado, mi café, mi libro, y corrí hasta su departamento. He tocado el timbre ya tres veces, una y otra vez, hasta golpeé la puerta, pero creo que ya me puedo dar por vencido, ya no hay nadie tras estos muros. Se fueron, eso es seguro. No lo quiero creer, así que subo al estacionamiento. Por si acaso, si está su auto, no está todo perdido. Busco mi celular en mi bolsillo, chuta, debo haberlo dejado en mi pieza. Subo la cuesta y pienso que no, no puede haberse ido así. Igual le mandé un mensaje de texto para excusarme, ¿acaso no le importa que esté enfermo? A menos que haya cachado que le estaba mintiendo… Qué penca, no lo hubiera pensado… Se fue así no más, sin avisar.

Voy a la recepción y pido hablar con la conserje:

–Los Maillard se fueron esta mañana, ¿no es cierto?

Así es. Así es exactamente. No me queda otra que volver a mi computador, devolvernos y hacerle reverencias a mi hermano. Solo me queda olvidarme de la cabaña, de Chloé toda carne, redonda y blanca, bella como una piedra pulida por el mar. Su pelo negro, sus ojos verdes traviesos, su boca tan, pero tan dulce. Solo me queda olvidarlo todo.

Estoy asqueado. No, qué me importa. Me acomoda. Pintaba mal esta historia de todas formas. Quizá no tengo ganas de echarme al mundo encima por una mina. Se fue, chao… OK, ya entendí. ¡Chao!

Pero cuando pillo de nuevo mi teléfono, entiendo que Chloé aún no ha dicho la última palabra. "Chao" era solo la introducción. Signos de interrogación, emoticones con lágrimas, palabras dolorosas: "No entiendo – cómo puedes – jamás pensé – eres un asco… hdp".

Entendió quién soy. Un débil, un nulo. Una mierda. Tengo que olvidarme de Chloé. Perdón, te voy a ignorar, pero me hace mucho

daño. Perdón por cerrar los ojos, pero así es mejor.

–¡Oye! Hola, hermanito. ¿Todo bien esta mañana? ¿Te mejoraste?

–Parece que sí.

–Dale, vamos al agua entonces. Está haciendo calor, te va a hacer bien.

Olvidar a Chloé. Podríamos no habernos conocido. Solo tengo que hacer de cuenta que eso pasó. No me va a llevar a ningún lado guardar el contacto. Incluso si los mando a la cresta con su cultura de revistas de moda, no podríamos vernos con Chloé: no están nada de cerca París y Marsella… Así que agarro mi traje de baño y mi toalla del secador, y sigo a mi hermano a la playa. Me mira de arriba abajo, muerto de risa. Sé lo que está pensando, pero era necesario que además abriera la boca:

–Oye, hermanito, escucha a tu DT un poquito. Pareces un camarón todo rosado. ¡Vamos a dar unas vueltas a la piscina para sacar algo de músculo!

–¡Ya! Déjame, Oli.

¡Qué imbécil! Solo quiero darme un chapuzón, para olvidarme de Chloé.

Me obsesiona y solo pienso en ella, precisamente, mientras me zambullo en el agua. Puedo verla en las rocas. Pasándome su toalla. Me sonríe, bella, redonda y tierna y chistosa. Cierro los ojos y meto la cabeza debajo del agua, no respiro, me quedo en el fondo y cuento tratando de aguantar lo más posible. ¿Cuántos segundos? Lo olvidé, no sé nada, no sé dónde estoy y me ahogo, me voy a morir, subo de una para recobrar el aliento.

Hay varios mensajes de Chloé acumulados en mi teléfono. El último me da una paliza: “Tú querías una canción. Yo había tomado mi guitarra…”.

Ella

Encontré mis marcas. Mi ciudad, mi calle, mi edificio, mi hogar. Y por supuesto, mi refri, mis despensas. Mis dos enemigos también, mi espejo y mi balanza. Volví, pero dejé algo de mí allá, en Las Cigarras.

–¿Estás bien? –pregunta mi papá, cinco veces al día.

–Estás rara… –insiste mi mamá–. ¿Pasa algo, ah?

Vi a mis amigas también. Y les conté mi historia. Charlotte gritó de alegría, me dijo que estaba feliz por mí, que era genial… solo que no me gustó su sonrisa. No lo sé, algo me pareció raro, quizá estoy un poco paranoica. Dounia no se rió, tampoco gritó, me hizo pasar por un interrogatorio, como si no me creyera. Sé que quiere pruebas, pero como no quiero que lea los mensajes de texto de Quentin, los que recibí en Las Cigarras, insinúa que inventé todo…

La vuelta a clases se aproxima, quedan solo algunos días, pero no

pienso en el liceo. Solo me interesa el buzón del correo, junto con el teléfono y el refri.

"Va a llamarme o a escribirme", pienso. Es obvio, tiene que hacerlo. Ya le mandé mensajes de texto a la chuña, mensajes tiernos, también insultos, no recibí ninguna respuesta. Nada en mi pequeña pantalla, la ausencia ocupa todo el espacio.

Empiezan las clases. La primera semana pasa como si nada. Ni una carta, ni una llamada… sobre todo ni una explicación.

Voy a tener que tragármelo sola. Como quien se traga una culebra. Solo que no es una culebra en verdad, es un caimán, un puerco espín, una mantarraya. Es una montaña, una cima, un abismo. Pienso que no lo voy a lograr. ¿Cómo soportar la idea de que me haya abandonado como un calcetín viejo? De seguro me voy a perder en la vergüenza y si me zafo de la vergüenza no sobreviviré a la soledad. Bobo me mira sin entender con sus ojos grandotes siempre húmedos, espera pacientemente a que la saque, pero cuando vuelvo del colegio, prefiero hundirme en el sillón delante de la tele con un cargamento de municiones alimenticias. Como. Más que nunca. Me atiborro y me inflo.

Rápidamente, mi cuerpo empieza a dar señales de agotamiento. Vértigos, bochornos. Me duele todo. Gané tres kilos en cuestión de semanas. Realmente no los necesitaba.

–Tienes que adelgazar –me dice el kine–, si no quieres que te duelan las rodillas.

–Lo sé… pero no puedo. ¡No lo voy a lograr nunca!

No sabe que todas las veces, antes de ir a que me den un masaje, me voy en picada al minimarket de la esquina del consultorio. Por lo general, evito el del frente del colegio para no alimentar chismes a mis expensas. Entonces, una vez más, empujo la puerta del 146 con la boca llena. Como siempre.

Y como siempre, la sesión comienza con las máquinas de tortura: máquina de correr, máquina escaladora, de remos, bicicleta… en una sala con espejos inmensos. Qué pesadilla. Yo puteo, sudo, lloro y el kine me anima:

–Dale, un minuto más, ¡tú puedes!

Después de los ejercicios físicos, mi último esfuerzo consiste en subirme a la camilla de masaje donde me abandono por completo, donde no muevo ni un pelo. Esa es mi recompensa. Las primeras veces, transpiré toda la cubierta de papel que cubre la camilla, del estrés de estar ahí medio desnuda con un desconocido, muy incómoda en esa plancha estrecha, con mi cuerpo reclamando por más espacio. Por suerte, de a poco me fui acostumbrando.

Me quedo estirada de guata, con la cara metida en el hoyo en un extremo de la mesa, un sistema muy curioso para no aplastarse la

nariz. Tengo la sensación como de tener la cabeza metida en el hoyo del water, pero estoy cómoda igual. Me pierdo en la música y descanso. Siempre tocan cosas viejas, nada de lo que escuchan los cabros en el liceo, pero me gustan casi todas. Ayer, reconocí la voz de Billie Holiday, me da piel de gallina cada vez que la escucho. Lo de hoy, nada que ver, pero el grupo Niagara me pone los ojos llorosos también.

El mar cuando viene el tiempo de vacaciones
Es el tiempo de la danza entre tus brazos todas las noches
Y si tengo el corazón todo dado vuelta
Ahí te besaré hasta el fin del verano
Es el amor en la playa
Y mis ojos en tus ojos
Besos y conchitas
Entre tú y el agua azul
Y si tengo el corazón todo dado vuelta
Ahí te besaré hasta el fin del verano.

El kine me masajea por un momento, luego pone un guatero en mi espalda para que se distienda, antes de dejarme sola por un buen cuarto de hora. Estoy casi bien, “el corazón todo dado vuelta”. Es difícil de imaginar, pero me siento ligera, aunque me ahogue un poco, con la cabeza en este hoyo. Quizá el hoyo es demasiado pequeño, o mi cabeza toma demasiado espacio, no me importa, logro olvidar, gracias a la música. Mi cuerpo se vuela sobre las ondas, lo siento atravesar los muros para pasearse por donde quiera, atraviesa el techo y corre a la cabaña de la playa de las rocas. Ya no pesa nada, arrullado por la voz de la cantante. La vida quizá valga la pena en mi pequeña cabina privada. Ni siquiera pienso en el tentempié que me voy a mandar en cuanto salga, aunque sé que me voy a terminar mi paquete de galletas en el camino de vuelta.

Él

Me hago el muerto porque no encuentro el valor para actuar. Ya empecé las clases, tengo todo lo que pedía desde ese punto de vista. Mis papás me pagan la universidad, además de un estudio en París para limitar mis viajes. No tengo nada que decir, no todos los estudiantes tienen esta suerte. Las clases me gustan, el ambiente no está tan mal y los profes son serios. Debería estar viajando en una nube. Pero no puedo. No puedo evitar pensar en Chloé. Me doy cuenta de que la tengo realmente metida en la piel a esta mina.

El otro día, estaba con Guillaume en el casino de la U y me vio mirando a Marianne, una mina de segundo. No podía saber que estaba cuarteando sus formas, que babeaba por sus senos, sus hombros y su culo. Él estaba a años luz de mis pensamientos, de mis recuerdos en

Las Cigarras, donde me veía nuevamente en los brazos de Chloé… Si no, no me hubiera tirado esa talla de mierda:

–En serio, no es "colaless" lo que hay que regalarle a ella…

–¿Ah?

–¡Sino un "colafull"!

No me reí y me hizo una mueca. O Marianne le da asco, o yo. O los dos. Casi le contesto que, para él, lo ideal sería un slip tipo "huevón", pero me abstuve. Me pregunté si me hubiera reído con él antes de haber conocido a Chloé. Qué feo, me deprime eso. Lo que dijo Guillaume, mi falta de reacción, mi silencio.

Desde hace algunos días, Chloé ya no me manda más mensajes de texto. Estoy seguro de que me borró de sus contactos. Tengo tanta vergüenza… Lo siento, no tengo el valor, no tengo las agallas para contactarla. Varias veces estuve a punto de llamarla, pero me desinflé en el último momento. Es una idiotez, una súper idiotez, pero es así. De todas formas, voy a darle como caja a los estudios, tengo que sacar este año, me digo que es lo único que cuenta por el momento. Aunque las letras de Gossip se me vienen a la mente una y otra vez, la canción Love long distance…

Baby, I call your number twice but it rang and rang
Against my best friend's advice, I should be ashamed
You did it to me once; you'll do it again, so she says
Love long distance is testing me, trying my patience
I need more of your assistance now
Love long distance is testing me, trying my patience
I need more of your assistance now.

Ella

Llegando a mi casa, me echo en el sillón de la entrada para recobrar el aliento. Bobo se me tira encima con su correa en el hocico.

–Espera un minuto, que me recupere un poco.

Eso quiere decir: "¡Espérate que picotee algo y vamos!". Me pelo tres panes de huevo de la despensa antes de encontrar el valor para sacar a la perra. Una vez afuera, me siento bien. Mientras caminamos, todo el rato escucho la voz de Billie Holiday en mi cabeza. Su voz resuena en mi cuerpo, mi caja de resonancia. Y espero que la vida vuelva.

De pronto tengo mucho calor. Estoy hirviendo y Billie canta, pero la oigo llorar también. Entonces se me acelera el corazón. Tengo cada vez más calor y mi corazón se pone a dar tumbos, después a golpear directamente. Justo antes de caerme en la vereda. Billie se calló y ya no oigo nada en mi interior.

Cuando vuelvo en mí, estoy tirada en medio de un círculo de desconocidos. Me siento escrutada como un bicho raro en un circo

improvisado. Me duele la cabeza, debo haberme golpeado al desmayarme. Mi cuerpo está desparramado, como una fruta demasiado madura que cayó de su árbol.

–¿Estás bien? –me dice una mujer con enormes lentes de sol.

–¿Ah?

–Te desmayaste. Llamamos al Samu.

–Está bien –contesto tratando de pararme–. No es necesario el médico, estoy bien.

Pero el Samu es más rápido que yo. Al son de la sirena, todas las miradas se vuelven hacia la avenida. Me gustaría aprovechar para escapar, dejar con los crespos hechos a todos estos sapos buena onda, escabullirme piolamente, aquí no ha pasado nada. Pero no puedo levantar mis extremidades, me quedo clavada al piso y cuando veo los delantales blancos acercarse, no intento luchar, estoy vencida, y desde hace tiempo. Me examinan mientras los mirones siguen llegando. Nunca había estado tan rodeada, sin embargo, me siento más sola que de costumbre.

Llévenme, delantales blancos. Con su ciencia, libérenme. Aligeren este maldito peso. Dróguenme, pónganme en coma artificial… Estoy cansada, quisiera dormir para olvidar quién soy, incluso que un hombre me besó, olvidarme de Quentin, ¡ayúdenme a borrarlo de mi caja negra!

Me toman, me levantan incluso, me colocan en la camilla. Cierro los ojos y me abandono, se están haciendo cargo de mi sufrimiento. Me llevan al hospital.

–Mira para arriba. Muy bien. Para los lados ahora. Muy bien. ¿Qué día es hoy? ¿De qué año? ¿Cómo se llama el presidente de la república…?

Vomité. Hay que asegurarse de que no haya un TEC. Pienso que los tres panes de huevo se me salieron por falta de espacio, obvio.

Él

Imposible olvidar a Chloé, ya intenté de todo, o casi: trabajar como enfermo, embrutecerme con videojuegos, fumar hierba, mirar a otras minas, las otras, las finas, las clásicas, las rubias. Incluso me puse a levantar las pesas de mi hermano tratando de creérmela. Pero nada resultó. A Chloé no le importa nada de todo esto, está aquí, en mi cráneo, en mis tripas, corre por mis venas y piensa quedarse ahí.

Entonces me rendí. Me estaba haciendo demasiado caldo de cabeza. Busqué en todas partes para encontrar su perfil de Facebook. Por suerte me acordaba de su apellido. Me hace pensar en el pool. Maillard es como “billar”. Bingo, encontré su página, con fotos de amiguitas lindas, pero ninguna de ella. Igual pude ver su pieza, creo, y reconocí a su perra también, su guitarra, algunos textos de canciones

sin firmar, seguramente suyas, quizá antiguas. No le dejé ningún mensaje, ni le mandé una solicitud de amistad. El pánico de lanzarme de nuevo, había tomado mis determinaciones después de todo. Además, por sobre todo, a estas alturas, el miedo al rechazo, de que me den la patada que me merezco. Por otra parte, investigué un poco y su rostro, sus traviesos ojos verdes, su boquita golosa, su pelo negro y su piel blanca, los encontré un poco más allá, ¡gracias amiguitas Charlotte y Douania! Bajé esos retratos robados de Chloé y los guardé en mi compu como tesoros escondidos y perdidos. No me van a ayudar a olvidarla, eso es seguro.

Ella

Avisada por el Samu, mi mamá dejó el trabajo en dos segundos para ir a buscarme al hospital. Podré tener diecisiete años, ser casi mayor de edad, pero me siento harto mejor viéndola abalanzarse sobre mí con su cara de mamá gallina en pánico.

–¡Chloé… mi chiquitita! ¿Qué te pasó?

–Todavía no sé nada.

Me hace cariño en la espalda y me da un besito en la mejilla. Me da un poco de vergüenza porque hay un montón de gente en este pasillo-sala de espera. Pero no digo nada, porque es rico tenerla aquí conmigo. No tengo tiempo de contarle lo que me pasó porque un médico me llama. Sin preguntar mi opinión, mi mamá me sigue.

No me gustan los doctores. Siempre hay que desvestirse con ellos. Te tocan la piel de la guata, te palpan los senos y las axilas… Siempre tengo la sensación que es todo un lío tomarme el pulso, palparme el hígado o el estómago, no debe ser fácil entender lo que pasa dentro de este cuerpo llevado de sus ideas.

En urgencias, los médicos no tienen mucho tiempo. Quizá es por eso que no me piden quedarme en ropa interior hoy. El interno me pide que me siente en la camilla y me sube la manga para tomarme el pulso. Luego, apenas sube mi polerón para auscultarme. Hace como que oye algo. Luego me hace algunos tests, el martillo en la rodilla, el dedo que te pone turnia, antes de dirigirse a mi mamá:

–¿Nos podría dejar un momento a solas, por favor?

Pone cara de sorpresa –feliz se hubiera quedado– pero obedece educadamente. Entonces, el interno me pregunta por la fecha de mi última regla. Qué sé yo. No llevo la cuenta de lo que sale de mi guata ni con qué cadencia se vacía. Qué se cree, este doctor. ¿Qué puede importarle? ¿Acaso se imagina que estoy embarazada?

Y si lo estuviera, embarazada… es una idea chistosa. Mi guata conteniendo otra cosa además de panes de huevo, papas fritas y bebidas. Mi guata contendría otra guata. Otro abismo.

–¿Cómo, acaso piensa que estoy embarazada?

–¿Por qué? ¿Es posible?

–Bueno… De hecho, tuve una relación sexual este verano.

–¿Sin protección?

–Sin. Pero fue solo una vez y justo después de mi regla.

–Y después de esta relación, ¿no ha tenido reglas?

–Fue hace menos de un mes.

–Bien, vamos a controlarlo entonces.

–Pero… ¿estoy embarazada?

–Sería apenas un embrión, no más grande que un poroto. ¿Sabes lo que es una IVE?

Un poroto, tres panes de huevo, un bol de cereales, un paquete de granola, una trufa, etcétera.

¿De qué me está hablando este principiante que de pronto se pone a tutearme? Observo al interno con ojos de pescado. Seguro piensa que me lo voy a comer… Cuec, ni siquiera tengo hambre. Tengo vértigo.

–No te preocupes, debería llegarte la regla. Pero para la próxima vez, tienes que usar protección, ¡es importante!

No se me ocurre qué responder. Estoy pulverizada.

–Creo que tu malestar tiene relación con tu sobrepeso. Luego de cierto umbral, hablamos de obesidad mórbida. Quizá aún no es tu caso, pero hay que tener cuidado. ¿Ya has consultado con un nutricionista? ¿Sabes lo que significa obesidad mórbida?

Me toma por tonta ahora. Como si pudiera, después de todos estos años de sobrepeso, ignorar el sentido de esa horrible expresión… Bajo los ojos hacia mi guata. Masa inquietante. Quizá haya una bomba en mis entrañas. Mi corazón hace tic tac dentro de mis costillas, tic tac, ¿qué me va a pasar? Tic tac, también está la posible guagua, somos dos aguantando la respiración, bajo la espada de Damocles que acaba de instalarse sobre nuestras cabezas.

Al final, un enfermero me pide que estire el brazo apretando el puño. Amarra un elástico por encima de mi codo y me da golpecitos en las venas antes de clavar su aguja.

–El martes están los resultados.

Solo queda esperar...

Él

Me voy donde mis papás este fin de semana. No he ido desde hace tres semanas. Demasiado trabajo, demasiado tiempo perdido en internet, demasiado pocas ganas de verlos, en realidad.

Mi hermano también prometió dejarse caer. La última vez que lo vi fue en Las Cigarras. Por culpa de él, mandé a la cresta todo con Chloé. Igual voy a ir donde mis papás este finde… Tengo trabajo que hacer, no sé si lo voy a lograr allá, ya veremos. Contaba con repasar física en

el tren, pero hace veinte minutos que avanzamos y no he abierto mi mochila todavía, miro cómo desfilan las casas de estos suburbios ante mis ojos, me dejo mecer por esta secuencia monótona, líneas rectas y grises, hasta el horizonte. Y pienso en Las Cigarras, en la extensión de agua salada que se ofrecía ante nosotros la primera tarde que pasé con Chloé, en el mar tan azul como los ojos verdes de Chloé, Chloé, Chloé…

El tren me deja en Melun. No dije a qué hora llegaba. Prefiero que no me vengan a buscar, no estoy tan cargado y me gusta caminar por las calles del pueblo donde crecí. Es chistoso, es raro sentirme lejos de esta cotidianeidad que ya no es mía. Mi vida ya no está aquí.

Aquí estoy delante de la puerta de los Bertin. Marco una pausa sobre el choapino con sus flores verdes, los ojos en el tarro de los paraguas. Hoy, no voy a entrar sin tocar el timbre como lo hacía antes. Oigo mi corazón latiendo demasiado fuerte. ¿Acaso tengo miedo? ¿De qué tengo miedo? Mi mamá es la que abre la puerta.

–¡Quentin, eres tú!

Me da un beso, huele bien y entiendo que está feliz de verme, pero no está como siempre.

–Qué rico, tanto tiempo. Hace como un mes que no vienes, ¿no?

–No sé, creo que sí. ¿Cómo estás tú? Tienes una cara rara, como si te pasara algo…

Bien observado, ahora me interrumpe, con una voz demasiado fuerte, demasiado decidida, como si estuviera dando una alerta, una señal o algo así.

–¡Quentin está aquí! ¡Oigan, Quentin llegó!

Después me lleva al living diciéndome al oído:

–¿Estás preparado? ¡Hay una sorpresa hoy!

Una sorpresa… ¡Cómo pesa ahora este silencio que me acompaña hasta la mesa del aperitivo! No digo nada. Espero a ver. A oír, sobre todo. Al final, cuando llego al living, mi papá y mi hermano alzan su copa en mi dirección.

–¡Aquí está el estudiante! –exclama el patriarca–. ¡Hola, Quentin, llegas justo a tiempo!

Pero me quedo mudo mirando fijo a la que está, rodillas juntitas, sentada al borde del sofá. Una bonita rubia de pelo liso sostiene un pedazo de apio entre sus dedos de uñas pintadas. Parece una modelo de catálogo. Obvio que es la polola de Oli. La primera “oficial” que pasa la prueba del almuerzo dominical donde los Bertin. Es perfecta y mi hermano se ve radiante a su lado. Al contrario de mí, que me siento de lo peor mirándolos. ¿Qué es lo que me pasa? ¿Por qué de pronto tengo ganas de echar la foca, de pisotear los pequeños mocasines de una desconocida que no me ha hecho nada y, sobre todo, soltarle un derechazo a mi hermano antes de que tenga tiempo

de presentarme a su belleza?

–Quentin –anuncia orgulloso–, te presento a Pauline.

Me oigo decirle simplemente “hola” y cambio de tema. Ella me sonríe amablemente. Parece simpática, de hecho.

En el tren de vuelta a París, igual que a la ida, no abro mi mochila. Pienso en mi hermano y en su polola, me imagino con Chloé en ese mismo living. ¿Qué cara pondrían mis papás? ¿Y mi hermano? Cacha, él también está pensando en mí, me está mandando un mensaje de texto ahora.

¡Déjame en paz, Oli! Qué me importa.

Ella

La cara de mi mamá... De golpe, se le cae el rostro. Me da miedo con sus ojos de espanto, las mejillas hundidas. No es El grito de Munch, pero no estamos lejos.

–¿Chloé…?

Obvio que no digo nada. Podría por lo menos decir “mamá…”, pero me duele, en serio. No sé qué le da más miedo. ¡Que quizá esté embarazada o que haya tirado!

–¿Por qué no me dices nada?

–¿Qué no te digo?

–Pero, Chloé, ¿tuviste relaciones sexuales sin protección?

–¿Mamá, de qué sirve tu pregunta?

–¿Ya tuviste relaciones, chanchita?

–¡Parece!

–¿Con el niño del condominio de las vacaciones?

Ahí siento el puñal en el pecho. Me da una descarga eléctrica, más bien. El niño del condominio de las vacaciones. El mino de la cabaña. El desertor.

–Mamá, no tengo ni un poco de ganas de hablar de eso contigo. Evítalo. No es el momento.

–Tu papá…

–Evítalo también.

Traga saliva con un pequeño gesto de la cabeza hacia el lado. Algo que parece un tic nervioso. Y yo, le cierro la boca cada vez que la abre. Es normal, habla y no dice nada.

Mientras tanto, me pongo la armadura, contengo la respiración. Mi mamá con su estampa de El grito en la cara, su tic, su cabeza que se le va hacia la derecha, su voz temblorosa…

–¿Crees que es posible que estés embarazada? ¿Sacaste la cuenta?

Me desmayé en plena calle, los bomberos me llevaron al hospital, me tuvieron que poner puntos en el cráneo y ella me pregunta si saqué la cuenta…

La miro directo a la cara y le contesto:

–¡Imagínate, no sé nada de nada!

–Eres muy joven, hijita. Sería cualquier cosa…

Cualquier cosa, qué sé yo… Después de todo, engordar es algo que sé hacer bien. Ganar peso, un poco más, un poco menos… Mi guata ya está hacinada. No le da susto un invitado más, sabe ser acogedora.

Frente a mí, La mujer que llora de Picasso. La misma que estudié en Historia del Arte. Haciendo una mueca mientras se come las uñas.

–Chloé, mi amor –gime–. Tienes diecisiete años…

Hay que ir a la casa ahora. Encerrarse en el auto con mi mamá que quiere respuestas, aquí, ahora mismo…

No abrir la boca, para evitar un accidente, nunca se sabe, las emociones son peligrosas al volante…

El portazo. Y aquí está la cara de mi papá… Su hija, su ballena virgen, quizá esté embarazada. La inmaculada concepción bajo su techo. Sé que mi mamá no pudo contenerse de mandarle la exclusiva

por mensaje de texto. Lo noto en su incomodidad. Me mira, petrificado, como si yo fuera un extraterrestre, me sigue con la mirada hasta mi pieza, sus ojos titilan de preguntas. Los míos apenas lo miran. Impongo una distancia, un océano glacial, infranqueable.

Avanzo un poco sin pasar por la cocina-tarjeta. Marco de entrada, marco de salida, ahora me la salté. ¿He entrado alguna vez a esta casa sin abrir la primera puerta a la izquierda? ¿Sin responder tampoco a la euforia de Bobo que vino a chupetearme las canillas? Mis papás ya no respiran, atónitos delante de esta extraña criatura, esta autista de vientre prominente –lo único que se ve, lo único que se siente– que avanza sin mirar atrás ignorando sus balizas.

Cierro mi puerta, incluso le pongo llave para asegurarme de estar en paz y me apoyo en ella dos segundos, por fin tranquila. En el silencio, retomo mi respiración y me deslizo hasta el piso. Entonces escucho lo que pasa en mi interior. Extrañamente no hay hinchazones. En mis entrañas, mi guata no digiere ni grita de hambre. Por esta vez, mi estómago se calla… y mi corazón se despierta, imponiendo silencio. No oigo amasar, licuar, depurar. Tengo la impresión de oír golpes. Bum bum, bum bum… Y soy yo. Es el ruido que hago cuando no marco tarjeta en la cocina. Pongo atención porque me intriga, este barullo. Y no puedo creer lo que dice: "Mierda, Chloé, te das cuenta, ¿y si sale positivo…?". Tengo miedo, pero es como si tuviera ganas también, tengo que estar loca, ¡completamente piteada!

Por supuesto, pienso en Quentin. Quentin entrando en el agua negra. Quentin tiritando envuelto en la toalla. Quentin acariciando mis formas. Eso dura un rato, algunos minutos de tormento, una verdadera bocanada de angustia, de las que te cortan la respiración y te dan escalofríos. Y después, lo mando a volar. Dejo a Quentin, que se muera de frío en las rocas. Me olvidó; olvidó o traicionó.

Alguien llama a la puerta. No contesto, cierro los ojos respirando profundo.

–Chloé…

–…

–¡Por favor!

–Más rato, mamá. Más rato…

La dejo hablando sola. Los latidos recomienzan en mi pecho. Esta vez, tengo la impresión de que no están solos. Siento como si respondieran a un pequeñito eco que ya corre en mi camino. Al mismo tiempo, un sentimiento de poder se despierta en mí. Por primera vez en mi vida, antes que la angustia me acapare nuevamente, me siento invulnerable, capaz de enfrentar a todos los pendejos que me clasificaron definitivamente en la casilla de "virgen de por vida porque es inculiable". Porque de verdad lo hice. Y de pronto me gustaría que todos lo supieran.

Él

No contesté. Cosa de cambiar el tema. Pero Oli no tiene ninguna intención de cambiar de tema, y ya está al otro lado del teléfono cuando llego a mi casa. Sé lo que quiere. Tiene la idea fija en la cabeza, contarme de su captura. Confiarme su alegría, como si hubiéramos sido siempre muy cercanos los dos. Pero no quiero saber nada. Que se vaya a otro lado a ver si lo pescan. Si la mía está prohibida, no tengo ninguna intención de saber más de la suya. No mientras no se disculpe por lo del verano. No puedo olvidar que traicioné a Chloé por su culpa.

–Déjate –le digo–. Me importa un pito tu mina, Oli.

Un silencio glacial se instala en las microondas. Mi hermano se queda callado, traga saliva y prepara su venganza.

–Eres realmente muy huevón –me suelta, excedido–. No me extraña que no te pesque ni una mina.

–¡Ándate a la mierda, Oli! –le contesto con firmeza–. Cállate, ¿quieres? Yo tenía una mina, ya que quieres hablar de eso. Y si la perdí fue por tu culpa. Así que guárdate tus historias de minas o encuentra a alguien más para contárselas.

Le colgué. Es la primera vez que le hablo a mi hermano en ese tono y le cuelgo el teléfono. Mi corazón late igual de rápido que si acabara de correr los cien metros planos. Y mientras recobro el aliento, algo se me hace evidente. Ya no temo la mirada de Oli. Ahora estoy seguro de que yo estaba en mi derecho. Tenía derecho de salir con Chloé. Tenía derecho de besarla y de amarla.

La conmoción que nos agarró sin avisar, detrás de la cabaña en la playa, era solo asunto nuestro, solo de nosotros dos, Chloé y yo.

Ella

Negativo.

No estoy embarazada.

En mi lugar, cualquier mina de mi edad saltaría de alegría. Yo no. Me quedo plantada en medio de mi pieza como un árbol en pleno sol. Me siento rara. Aliviada, pero al mismo tiempo decepcionada. Como si lo deseara sin querer, que mi vida adquiera algo de importancia en toda esta historia. Hubiera encontrado por fin una excelente razón para ser gorda. Pero el test es negativo, no hay células en proliferación en mi vientre, ni cromosomas que se aferran a mí con todas sus fuerzas. No hay una criatura minúscula. No hay bendición. No hay prueba de mi historia de amor, nada que me conecte a Quentin. El test ha hablado, dijo no, pasa de largo, nada que ver aquí.

Saco mi teléfono, voy a mis contactos, QUENTIN, está ahí, todavía ahí. Miro su nombre sin hacer nada, sentada en mi cama, con mi

pulgar sobre la tecla “llamar”.

–¡A la mesa! ¡Chloé, te estamos esperando, está listo!

Mis papás se sacuden el susto. Pueden respirar de nuevo. Mi mamá preparó canelones con ricota y espinaca. Una delicia, y habrá de sobra para repetirse antes de asaltar el postre. Mi papá se levanta para ir a buscar las servilletas, la vida vuelve a la normalidad, sin Quentin, sin pololo, sin el corazón a mil por hora, sin caricias. Sin embargo, con el brazo suspendido sobre mi plato, con un canelón en la punta del tenedor, se me ocurre un plan, última estrategia para despertar mis sueños. Una gran locura que podría devolverme a Quentin. Hasta ahora, mis mensajes quedaron sin respuesta, igual que mi carta. Pero quizá le haga falta un electroshock, en realidad. ¡Podría haber quedado embarazada después de todo! Si le hago creer que lo estoy, va a reaccionar, estoy segura…

Una vez engullidos los canelones, me levanto y dejo plantados a mis papás con la ensalada de frutas.

–¿Chloé, adónde vas? ¡Chloé!

–Douania tiene mi libro de historia. ¡Lo necesito para estudiar para mi prueba de mañana!

Tengo que salir, pulir un poco todo esto. Que me dejen en paz, solo Bobo puede venir conmigo. Le voy a preguntar lo que piensa de mi idea…

Bobo no está ni ahí. No tiene opinión sobre el tema. Busca un árbol para hacer pipí y veredas para olfatear. Mis retorcidos planes no la inspiran.

–¿Qué harías tú, Bobo?

Prefiere tirar de su correa, es normal, es un perro. No es su problema saber si le vendo la pomá a Quentin o no, obvio.

Quentin el ausente, el cobarde. Ignoró todos mis mensajes de texto. No contestó nunca mi carta. ¡No tengo ni su dirección! Se me escurrió entre los dedos. El único mino que se me había acercado tanto. Me lo imaginé todo, le inventé cincuenta razones para haberme dejado sin respuesta.

¡Cualquiera! En verdad, Quentin se evaporó por culpa de mis kilos. Tirar detrás de la cabaña de un condominio de vacaciones donde no va a volver nunca, por qué no. Pero mostrarse conmigo, eso es otra cosa…

Sin embargo, inocentemente y sin confesarlo realmente, aún espero que me llame por teléfono.

“¡Eres hermosa!”, me decía. ¿Y si era cierto? ¿Si en sus ojos sí lo era, en Las Cigarras?

–¿Aló, Chloé?

¡Lo juro, es él! Es su número, ¡su voz! No está muerto. No me olvidó. Me voy a desmayar, voy a volver directo al hospital y me van a preguntar de nuevo si estoy embarazada. "¿Cuándo tuvo su última regla, señorita?"

¡No, nica embarazada! ¡Váyanse a la punta del cerro con sus test de embarazo! Hice el amor, una vez, en la playa, con un mino que me gustaba y que todavía me pone las patitas de lana cuando pienso en él, cuando escucho su voz, cuando lo vuelvo a ver a pie pelado sobre las rocas, de frente al mar o en medio de las hormigas… No hice nada malo, solo hice el amor una vez porque tenía ganas y él también.

–¿Chloé?

"Es un imbécil", me dijo Charlotte. "No te merece, no se hace eso de acostarse y después ignorar. ¡Además sin condón! ¡Podrías haber quedado embarazada! ¡Te imaginas lo brígido!".

¿Qué hago ahora? ¡Y yo que quería sacudirlo! Ahora despertó solito, como los grandes…

–¿Quentin? No lo creo…

–Perdona.

–¿En serio? ¿Por qué no bajaste a la playa la última noche? ¿Por qué no contestaste mis mensajes, esa misma noche, la siguiente y la siguiente…?

–Lo siento muchísimo, Chloé. Te lo juro.

–No me digas que tuviste un problema con tu teléfono, pasé por tu departamento la mañana que me fui, te dejé una carta con tu mamá, con mi dirección, mi número de teléfono, del fijo, mi contacto de Facebook… ¡Hasta pensé que estabas muerto, figúrate!

Se queda callado. Tengo miedo de que me cuelgue ahora. ¿Por qué no dice nada? Sin embargo, yo sigo:

–¿Sabes lo que creo? Creo que te burlaste de mí. Es asqueroso lo que hiciste.

Luego de nuevo el silencio. Hay entre nosotros kilómetros de rabia y remordimientos silenciosos, antes de escuchar nuevamente su voz:

–¿Una carta? ¿Dices que me dejaste una carta con mi mamá?

–¡Una carta enorme!

De nuevo, se queda callado. Pareciera como si estuviera poniendo en orden sus neuronas. Como si pidiera algo de tiempo. Espera, espera dos segundos, no entiendo nada, ¿qué es todo esto?, ¿qué es lo que me estás diciendo?

–Tu carta, nunca me la entregaron.

–¿Es broma?

–Te juro que nunca tuve esa carta.

–Entonces tu mamá tiene Alzheimer. A menos que le aterre la idea de que su hijo frecuente a una mujer tan redonda como yo… ¡Debiste llamarme! Tú fuiste el que no vino la última noche.

–Lo sé. Pero en verdad traté de olvidarte. Tenía miedo de que nuestra historia fuera demasiado complicada. Pero no pude. No sé si es complicada o no, pero la echo de menos. Me gustaría demasiado que nos viéramos de nuevo.

No le contesto nada amable, sigo refunfuñando en el teléfono. Pero son tan dulces sus palabras. ¡Estoy tan feliz de no estar embarazada! ¡Porque me siento ligera, tan ligera hoy!

Él

Llamé a mis viejos. Pedí hablar con mi mamá. Le dije que la carta de Chloé no es asunto suyo y que quería que me la devolviera.

–Me la mandas por correo, hoy mismo.

Me contestó que lo hizo sin querer, que se le había olvidado entregármela, que no sabía que esa carta podía ser importante para mí.

–Córtala –contesté–. Solo quiero que me la mandes hoy.

–¿Vas a verla de nuevo?

Le pedí que se ocupara de sus asuntos y le colgué.

Me sentí mucho mejor después de eso. Tenía una sonrisa y el espíritu por fin tranquilo. Prendí mi computador y busqué un boleto de tren no muy caro a Marsella. Encontré uno de ida y vuelta para el mes siguiente, salida Marne-la-Vallée, llegada Marsella-Saint-Charles. Tendría que faltar a clases, pero por una vez no me importa nada, de ahí recupero. No me importa nada porque voy a ver a Chloé.

Ella

Llamé a Charlotte. Quedamos de juntarnos en el Petit Nice para tomarnos un café. En fin, a quién le importa el café, lo que vale es lo que le voy a contar mientras se enfría.

–Entonces, ¿tu Quentin? ¡Dale, habla!

–Me va a venir a ver en tres semanas, ¿qué me dices? ¡No puedo ni creerlo!

–Qué loco… Yo pensé que te estaba ignorando.

–Parece que no, ves. A veces las cosas son más complicadas de lo que parecen…

–Cool, ¡hay huevones que cambian de opinión! Bueno, ¡tienes tres semanas para convertirte de nuevo en Chloé, mi vida!

–¿O sea?

–Bueno… ¿no engordaste un poquito durante las últimas semanas?

–De más. Siempre me pasa cuando tengo el ánimo por los calcetines. Pero a Quentin le gustan redondas, ¿no?

No es chistoso, pero nos reímos igual. Nos reímos porque estamos hiperexcitadas hablando de mis asuntos del corazón, no estamos acostumbradas.

–Te lo juro, ¡es como si no le importara! Se me hace raro, no cachai…

–¿Y tú? –le pregunto–. ¿Tu mino?

–Da lo mismo, no cuenta, ¡no es el amor de mi vida!

Nos reímos un rato más, me hace bien hablar con Charlotte. Por una vez hago cosas de mi edad. La edad de besar a un mino sin hacer guagüitas, edad de perder un poco de peso antes de juntarme con mi amado, edad de hacer la cimarra un día para acostarme con él… Tengo diecisiete años, apenas diecisiete años, y es genial.

Él

Tomé el tren de las siete con once y acabo de llegar a la estación Saint-Charles. No me imaginaba así Marsella. No me imaginaba mucho de esta ciudad aparte de Chloé, en realidad, el Olympique de Marsella y los ajustes de cuentas a punta de AK-47. Obvio, en la tele no te dicen que, saliendo del tren, con las piernas hechas pebre después de tres horas de contorsión, se llega a una explanada que domina la ciudad. Ir más lejos, es bajar una escala gigante hasta la calle, pero si uno se queda ahí un rato, uno puede admirar, y restregarse los ojos, porque delante, justo al frente, todo es azul, claro, lejos, hay incluso montañas detrás de la ciudad, y el mar se siente cerquita, a dos pasos. Nunca oí hablar de eso en la tele.

Me quedo en la explanada esperando a Chloé. No sé de qué lado va a llegar, me doy vuelta para mirar a la derecha, a la izquierda, detrás. Cuando la veo, la reconozco altiro. La misma, solo que un poco menos redonda quizá. Chloé, la mina de Las Cigarras, todavía llena de carne, todavía hermosa como una piedra blanca. Acabo de reencontrarme con su pelo negro, sus ojos brillantes, su boca deliciosa. Pienso en mi papá mientras la miro avanzar hacia mí. Hablamos de ella la semana pasada, por teléfono. Una verdadera conversación, la primera que tengo con él.

–No sabía lo de tu carta –me dice.

–Mejor, papá… Mejor así. Si no, sería como si hubieran hecho un montaje en mi contra.

–Espero que me creas, por lo menos.

–Te creo. Y también creo que la mamá no lo pensó. Prefirió pensar que la carta no era importante. Mucho más fácil.

–Se equivocó –sigue mi papá–. Se lo dije. Una carta de amor es muy importante. Sobre todo hoy, que ya nadie escribe. ¡En fin, casi!

–Sí. Es muy importante.

–Debe estar enamorada de verdad.

–¡De más!

–¿Y tú?

–Tal vez.

–Qué bien hijo mío –concluyó–. Estoy feliz por ti.

Después de colgar, me mandó un mensaje de texto:

Cáchate…

Ya no hay más que algunos metros entre Chloé y yo. Se detiene y me mira, divertida. Yo no me muevo, no digo nada, totalmente desarmado. Heme aquí tan mudo como ciego y sordo, en lo alto de la escala, con los brazos caídos, más blando que un calamar perdido en el fondo del agua. Que no me deje morir en el abismo, que sea capaz de irradiar un poco de luz en las profundidades donde acabo de sumergirme, que me saque de aquí, ¡que me tire para fuera antes de que no despierte nunca más!

–Estoy tan contenta de que hayas venido.

Las palabras que estaba esperando, genial, ¡las conoce! Y yo salgo del coma, es mágico con ella. Se está riendo ahora y adoro su risa. Es como un bombón que burbujea en su boca. Una caricia en el pelo, una pirueta de skate, un capuchino, un rayo de sol cuando tienes el poto en la nieve, un trago de Coca bien helada…

Me acerco, le tiendo las manos, pongo mi mejilla contra la suya, treinta y siete grados y mis ojos se cierran. No respondo por mí.

Ella

A Bobo le hubiera encantado venir conmigo. Pero le digo que tengo una cita privada.

–Lo siento, sé que no estás acostumbrada, ¡pero yo tampoco!

Tenía miedo de que a Quentin no le gustara Marsella. Pero parece no fijarse en los basureros tirados al lote en las veredas, las callejuelas con olor a pipí o los indigentes en los semáforos… Solo habla de lo que le gusta. Lo llevo tranquilamente al puerto viejo pasando por lugares bacanes. Él, mientras tanto, se maravilla, está contento y eso me hace bien. Me conozco Marsella de memoria, pero estoy deslumbrada redescubriéndola con Quentin. Hasta me siento más linda caminando por la calle junto a él, tomando el barco que nos lleva a la playa de la Pointe Rouge, sacándome la ropa en el camarín de damas, caminando por las rocas en traje de baño, entrando al agua clara, me siento más bonita que de costumbre. La gorda del perro desapareció. En su lugar, están los enamorados. Los enamorados con el agua hasta el cuello en el mar salado.

–¡Está congelada! –grita Quentin sacando la cabeza del agua.

–Está perfecta –contesto cerrando los ojos–. Ven, vamos a calentarnos al sol. Contra el muro de la caseta, ¿la ves allá?

Nos estaba esperando la pequeña caseta…

Mientras nos vestimos en la playa, pienso en que no hay nadie en mi casa, que mis papás no van a llegar hasta las siete, que la fiesta podría seguir en mi pieza, protegida de las miradas y que no queda tanto tiempo antes de que pitee su tren a París.

–¿Vamos a mi casa?

–¿Se puede? ¿Y tus papás?

–¡Están trabajando! No te preocupes, vamos a estar tranquilos. ¿Te acuerdas? Tengo una canción para ti.

Adoro su sonrisa. Es como una gomita de fresa. O una buena noticia, una canción en el momento preciso, una cucharada de chantilly en el café, un claro asoleado, un sorbo de té muy frío…

La tarde es un paraíso. Ahora, me gustaría volver el tiempo atrás para nunca llegar a la estación. Empezar de nuevo el día, volver a la explanada de esta mañana, con la luz de las diez, la playa del mediodía, con su caseta. Me gustaría que volviéramos a mi pieza, otra vez, una sola antes de que el tren se lleve a Quentin.

Nos queda algo de tiempo por delante, así que nos metemos en una cafetería con ensaladas en paquetes de plástico y cubiertos de madera. Quentin pide un sándwich y una botella de agua. Al lado de nosotros hay dos cabros, una mujer y un hombre, con unas mochilas enormes. Estoy segura de que están enamorados como nosotros. Estoy segura también de que me miran mientras hago como que no los veo. Y me pregunto qué es lo que piensan. Qué extraterrestre que soy. ¿Ven a una gorda? ¿Una suertuda? ¿O quizá a una mina muy cool, porque claramente hay que ser cool si eres gorda, para que te pesque un mino como Quentin?

No puedo evitar girar la cabeza. Los jóvenes nos sonríen, pero el reloj nos está hinchando. Ya, apurarse, corremos un poco igual, sin soltarnos de la mano.

–¡Ojalá se te vaya! –le digo.

–Para o te obligo a subirte conmigo.

–¡Fino! Vamos a comer sushi donde tu mamá.

Aprendo que se puede reír incluso con el corazón apretado. Se puede ser feliz e infeliz a la vez. Me río aferrándome a Quentin, a esto de desmoronarme, porque en quince minutos tendremos que alejarnos el uno del otro, cambiaré mi vestido de reina por mi piel de burro o de paquidermo. Porque fui una reina hoy, tenía una corona en la cabeza y me importaban todos un carajo, los no muy contentos, los sorprendidos, los choqueados. Ni los veía. En mi cuento de hadas, solo existíamos Quentin, yo, el sol, el mar y las cosas bellas que nos gustan.

En el extremo del andén nos abrazamos. Después me dijo que nos veríamos pronto, que el día había sido grandioso y que me iba a echar de menos. Creo que le contesté más o menos lo mismo y después se fue por el andén, se dio vuelta, desolado, pero con una cierta luz en

los ojos.

Ya está. Tengo ganas de llorar.

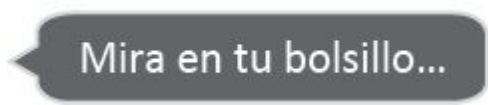
Me quedo inmóvil un rato, clavada bajo el letrero de salida de su tren, en dirección a París. Ya no tengo fuerzas. Acaban de huir con Quentin, de dejarme a merced de la multitud de la estación. Destrozada, no logro reaccionar cuando veo a dos mujeres corriendo como locas hacia mí. No me hago a un lado. Incluso cuando la que se me viene encima se da vuelta para ver dónde viene su amiga con su maleta y con sus chalas mueble. Obvio que chocamos de frente. Vacila un poco, pero no se cae. Al final, cuando recobra el equilibrio, en lugar de disculparse por haberme empujado, me mira de pies a cabeza, después mira a su cómplice y las dos explotan de risa. La vergüenza me invade de una, porque es grotesco, me siento tan grotesca, irresistiblemente. Y hago lo que ni siquiera hubiera considerado de estar tomada de la mano de Quentin. ¡Me disculpo! ¡Me deshago en excusas cuando yo ni me moví, son ellas las que me atropellaron! ¡Qué imbécil! De pronto, tengo tanta vergüenza de haberles pedido disculpas. Perdón por haber estado ahí cuando estaban pasando… Perdón por ocupar espacio, perdón por el espectáculo, ¡perdón por existir! Y pienso que me queda un largo camino por delante antes de poder arreglármelas por completo con la felicidad.

Hundo una mano en mi bolsillo para sacar mi celular con la idea de mandarle un emoji a Quentin, una lagrimita o una sonrisa, o los dos. En el fondo, encuentro un papelito doblado que no recuerdo haber dejado ahí. Una hoja A4 doblada en ocho… La desdoblo con curiosidad y abro dos grandes ojos incrédulos al darme cuenta de que es el boleto de tren de Quentin. ¡Mierda!, ¿¡qué hace aquí!?

Sin pensarlo, me lanzo entre los pasajeros, como las dos locas que me atropellaron hace un rato, esperando encontrar a Quentin y pasarle su boleto antes de que se vaya el tren. Pero al llegar al andén, el tren ya está en movimiento y comprendo que es muy tarde, mi príncipe azul va a tener que pagar la multa de su vida, va a arrepentirse de haber venido a verme…

¿Pero cómo es posible que este maldito boleto haya venido a dar a mi chaqueta?

En ese mismo momento, recibo un mensaje de texto. Es Quentin que tiene que estar vuelto loco...



No entiendo nada. ¿Por qué habrá dejado su boleto en mi bolsillo? Miro de nuevo el boleto y me doy cuenta de que tiene mi nombre, no el de él, además de una fecha futura, en noviembre, que me dice

vagamente algo.

Un segundo mensaje me aconseja:

Lo hago y caigo sobre la letra de Quentin. “Solo nos queda comprar nuestras entradas para los Inrocks…”.

Ya no puedo dudarlo: la felicidad me tiende los brazos. Cierro los ojos para apreciar mejor su llegada, indiferente a la multitud y a los empujones.

Table of Contents

Portadilla
Título
Créditos
Un loco y gordo amor